

Selección

TERROR

RALPH BARBY

LA DISCOTECA MACABRA

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

297 — La perra encadenada, *Ralph Barby*.
298 — La momia viviente, *Adam Surray*.
299 — El lúgubre aullido de las lobas, *Clark Carrados*.
300 — La noche del reptil, *Curtis Garland*.
301 — Las brujas deben arder, *Clark Carrados*.

RALPH BARBY

LA DISCOTECA MACABRA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 302
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 34.568 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

La lámpara de gas acetileno se balanceaba ligeramente al avanzar el viejo que la llevaba colgando de su mano.

A cada movimiento, las sombras se acortaban o estiraban dentro de los interminables colectores de la gran ciudad. Las aguas negras y fétidas discurrían por la canalización central de la cloaca, mientras los dos hombres avanzaban uno por la derecha y otro por el andén de la izquierda.

Ambos portaban sus respectivas lámparas de carburo, aunque el más joven la llevaba apagada.

El veterano servidor de la hedionda e indispensable red de alcantarillado, caminaba despacio, casi cachazudamente. No le faltaba mucho para llegar a la jubilación, una jubilación de la que Jean Boubane prefería no hablar.

Para el viejo y extraño Boubane, su mundo era el dédalo de cloacas de la gran ciudad, un mundo de calles interminables y cientos de kilómetros que él parecía conocer muy bien.

Los altos técnicos del Ayuntamiento, cuando tenían algún problema de situación, llamaban a Boubane, un hombre que hablaba poco y escuchaba mucho. Meditaba, y luego daba su opinión. Muchos habían sido los técnicos que habían pasado por el Ayuntamiento, arquitectos, ingenieros; algunos le habían hecho caso y otros no, y estos últimos lo habían lamentado más que los primeros.

Jean Boubane era toda una institución dentro del subsuelo de la gran ciudad; sin embargo, nadie de los que vivían por encima de él, en el asfalto, en los edificios de ladrillo, hormigón y cristal, con sus miserias o sus felicidades, sabía quién era el viejo Boubane que siempre se paseaba por las cloacas con su luz oscilante y brillante a la vez.

Se decía de él que hasta las ratas le conocían y no se asustaban al verle, tampoco le mostraban sus amenazadores dientes. Jean Boubane avanzaba despacio, sin agresividad, con sus ojos siempre muy abiertos, unos ojos acostumbrados al mundo de la oscuridad y que semejaban haberse agrandado de permanecer allí años y años. Para saber desde cuándo, había que hurgar en los libros del Ayuntamiento, pues sólo ellos sabrían a ciencia cierta el tiempo que aquel hombre estaba allí, debajo de la ciudad, sin ajetreos, con hedor, pero libre del mal olor de los gases de los vehículos con motores de explosión.

Jean Boubane no sólo conocía las encrucijadas de las cloacas sino también los goteos de los techos en determinados puntos de la ciudad. Hacía años que se le había liberado de las misiones duras de limpieza y tenía el encargo de recorrer las galerías de los colectores para hacer una labor de vigilancia.

Podía detectar cualquier desmoronamiento subterráneo o cegamiento

de una galería; es más, podía preverla antes de que ocurriera, lo mismo que detectaba inmediatamente las raíces de los árboles que se abrían paso entre las piedras de la parte vieja de la ciudad y como tentáculos buscaban la humedad interior de las cloacas como seres monstruosos que emergieran de la tierra y no de abajo arriba, sino de arriba abajo, raíces que Jean Boubane denunciaba y luego, el equipo correspondiente se presentaba allí para cortarlas e impedir su prolongación.

También, cuando algún ciudadano, casi siempre ciudadanas, denunciaban la pérdida de algún objeto de valor por las alcantarillas o los sumideros de los edificios, se avisaba a Jean Boubane y éste solía encontrar el objeto perdido, un anillo, una llave, casi siempre cosas pequeñas, aunque algunas de ellas muy valiosas.

—¿Es cierto que se encuentran muchas carteras?

El acento del hombre joven era portugués, pero chapurreaba bastante bien el francés.

—Sí, se encuentran muchas carteras —asintió el viejo sin dejar de caminar. Respondía con su voz cargada por los años, el tabaco y también el pernod.

—¿Y cómo no te has hecho rico si le has encontrado muchas billeteras?

—Porque las billeteras que vienen a parar a las cloacas ya vienen desnudas de billetes.

—¿Quién se los queda, las ratas?

—Las ratas de arriba, que son las que roban las carteras, las limpian y luego las echan a la cloaca o a los buzones, hay de todo. Cuando yo encuentro una, la guardo y la entrego en dirección. Creo que ellos mandan una carta al perjudicado para que pase a recogerla.

—Tú te habrás enterado de muchas cosas hurgando en esas billeteras, ¿no?

Jean Boubane se encogió de hombros y no respondió directamente.

El joven portugués, alto, fuerte, de abundante cabello oscuro, opinó más para sí que para que lo oyera su compañero:

—Pues si yo me encuentro cosas de valor, no pienso entregarlas en dirección; quien sabe si se lo quedará todo allí algún funcionario de despacho.

—Ten cuidado, Mario. Tú no eres funcionario de la plantilla y si cometes un error, te pueden despedir sin problemas. Si quieres trabajar, pórtate bien, sé honrado.

—Y me pasaré toda la vida en las cloacas como usted, ¿no? —Se rió irónico y sus carcajadas se propagaron por las galerías del subsuelo de la ciudad—. Menudo premio pasarme la vida aquí abajo.

El viejo le miró de reojo y torció el gesto, sin replicar a la observación del joven que no dejaba muy bien la vida que él había llevado.

—Esta galería grande está debajo del gran boulevard

—explicó Jean Boubane como hacía cada vez que entraban por una

nueva galería, unas más grandes que las otras.

A Mario le pareció que aquélla era tan ancha que podría avanzar por ella un escuadrón de caballería, incluso al galope.

—¿Es necesario que esto sea tan grande? —preguntó asombrado por tanta amplitud.

—Cuando hay lluvias torrenciales, esto se convierte en un río que lo arrastra todo y sólo se salvan las ratas que hacen sus madrigueras altas. Son muy listas las ratas, ya las irás conociendo; hasta es posible que a algunas acabes poniéndoles nombre.

—¿Nombre a las ratas? Yo no distinguiría jamás a una rata de otra, todas me dan repugnancia y aquí hay muchas —dijo observando a tres que nadaban por entre las aguas residuales, sacando la cabeza por encima de la superficie.

La corriente de agua allí era considerable al recibir caudales de distintas cloacas, como un gran río que se iba engordando a base de sus afluentes. Después, el río caía en una gran cascada negra, produciendo un rumor que podía oírse mucho antes de llegar a ella.

—Por aquí se podría ir en canoa —comentó el joven portugués.

—Te matarías —sentenció Jean Boubane metiéndose por un angosto túnel que tenía escaleras descendentes.

El joven encendió su lámpara y colocándose tras el viejo, le siguió, bajando por la escalera de viejas piedras. A Mario le pareció que había descendido treinta o cuarenta peldaños hasta que quedaron bajo la catarata subterránea y artificial.

El ruido del agua era allí muy fuerte. Mario contempló la cascada, absorto a la luz de las lámparas de acetileno.

—Parece otro mundo, ¿verdad?

—Es mi mundo —le respondió Jean Boubane.

—¿Y ahora, dónde vamos?

—Hay unos ciudadanos que aseguran tener malos olores inaguantables en determinado lugar, olores que vienen del alcantarillado. Nosotros, desde dentro, sabremos de dónde proceden.

—¿Y luego?

—Cuando hayamos localizado el lugar exacto, daremos el parte y serán los técnicos de salubridad quienes se encarguen del asunto.

—Me gustaría más buscar esas joyas que dicen que se pierden en los alcantarillados.

—Cuando te encarguen de buscar una joya perdida, no podrás hacerte con ella, porque si no se encuentra, del primero que sospecharán será de ti. Si quieres quedarte algo que encuentres, y hallarás menos de lo que piensas porque las aguas lo arrastran todo hacia el río y el río al mar, será cuando veas brillar algo por casualidad, pero ándate con cuidado, porque pueden ser los ojos de una rata y cuando vayas a cogerlos, sentirás la mordida de sus incisivos que suelen ser muy agudos.

—No seré tan tonto de confundir el brillo de una joya con el ojo de una rata.

—Quién sabe. Hay ratas con problemas en los ojos como los hombres, y no brillan lo mismo unos que otros.

Jean Boubane, siempre sin prisas, cachazudo, se introdujo por detrás de la gran cascada. Allí había una galería oculta por el agua que caía delante de ella, una galería estrecha y vieja.

Continuaron avanzando y Mario se puso molesto; del techo caían continuos goteos.

—Podíamos haber venido con chubasqueros.

—Es verdad, ésta es una de las galerías más húmedas; pasan otras por encima y hay filtraciones. Esta es una de las galerías más viejas de la ciudad. Son tan antiguas que posiblemente no se sabe ni quiénes las construyeron, pero son muy interesantes.

—¿Interesantes? No lo veo yo así —gruñó el joven inmigrante que sentía caer sobre su cabeza y hombros el goteo del agua que le iba empapando.

Habían caminado varios centenares de metros, cuando Mario opinó:

—Si me quedara sólo aquí, creo que jamás podría salir, esto es un laberinto.

—Sí y estas cloacas no dan a los colectores de las calles como las más modernas. La ciudad, a lo largo de los siglos, ha sufrido remodelaciones y lo mismo estamos pasando por debajo de antiguos palacetes que cruzando calles. He pasado mucho tiempo por aquí tratando de averiguar adónde pertenece cada uno de los sumideros que vierten en esta galería y créeme que es muy difícil saberlo.

—Entonces, ¿cómo averiguar lo del mal olor? Por cierto que ya me llega.

Jean Boubane, que no parecía alterarse por nada, siguió adelante con su lámpara de acetileno. Sus botas de goma chapoteaban sobre las aguas residuales que se deslizaban en corriente contraria al avance de los dos hombres.

Aquella antigua galería no tenía aceras laterales, las paredes estaban formadas por bloques de piedra y muchos de ellos estaban muy separados, pudiendo verse profundas hendiduras.

Boubane sabía muy bien que era una barbaridad meter la mano en una de aquellas grietas entre las piedras porque, al sacarla, cuando menos, faltarían dos o tres dedos que habrían sido devorados con rapidez por algún nidal de ratas de las profundidades que se diferenciaban algo de las de arriba, ya que éstas jamás salían a la superficie, al asfalto, aunque la densidad de la circulación motorizada descendiera casi hasta la nada por las noches, en la madrugada.

Las ratas de las galerías más hondas no conocían el mundo exterior, eran engendradas, nacían, vivían y morían en aquellas galerías profundas que

jamás se reparaban.

—Hemos llegado —dijo el viejo, iluminando con la llama blanquísima del acetileno otra galería sumidero que se abría a su izquierda, una galería más estrecha y baja cuyo acceso tenía un enrejado macizo que no sabía de soldaduras sino de fragua antiquísima.

—Es cierto, el mal olor sale de ahí dentro. —No hay nada que hacer —se resignó el viejo.

Mario miró lar rejas oxidadas y las paredes donde se empotraban los hierros de sujeción, medio desmoronados. Después se encaró con el viejo Boubane.

—¿Por qué no puede ser?

—Ese olor pasará. Dura algún tiempo, unos días y luego desaparece, depende del calor y la humedad para que se note más o menos.

—¿Y qué le dirá a sus jefes?

—Nada, que había algún rincón de detritos pero que se pasará pronto.

—Pero ¡eso no es cierto!

—¿Que no es cierto? Sí, sí lo es, se pasará, vámonos.

—¿Por qué? ¿Qué hay detrás de esa verja?

—¿Qué hay?

Una media sonrisa en el rostro avejentado en el que destacaban los grandes ojos semejó una mueca sarcástica a la luz de las lámparas mientras las ratas les observaban a prudente distancia. Para ellas, la luz de las lámparas era un fenómeno tan extraño como un OVNI para los ciudadanos de la Tierra. Algunas, temblaban, otras grababan en sus mentes lo que ocurría para transmitirlo en su memoria genética a sus descendientes.

—Esta galería, por si quieres saberlo, pertenece al subsuelo de una residencia convento milenaria.

—¿Un convento de clausura?

—Un convento carcelario para la nobleza. Hubo guerras y esa residencia-convento fue arrasada. Luego hubo un pequeño cementerio para excomulgados, sacrílegos y suicidas, bueno, todo lo que antes tenía mucha importancia y que ahora no se le da tanta, un cementerio de muertos malditos que eran sepultados por la noche para que nadie pudiera verlos. Se colocaban los nombres de los difuntos y luego, sus familiares, en las noches sin luna, se internaban temblando en el cementerio y borraban los nombres que podían tener algo que ver con ellos. Así, poco a poco, las tumbas se convertían en anónimas, incluso desaparecían lápidas y al cavar una nueva fosa, los picos y las palas podían encontrarse con otro cadáver que ocupaba ya aquel lugar.

—Muy macabro. Así que eso conduce a un cementerio...

—No..

—¿No has dicho que...?

—No, no conduce a un cementerio. Ese cementerio desapareció, lo arrasaron, quedó el suelo liso y muchos años después, casi dos siglos, levantaron viviendas para gentes de pocos recursos que ignoraban sobre qué

estaban asentados los cimientos de sus casas. Mas, algo debieron notar o intuir porque las fueron abandonando y la edificación entró en ruinas. A alguien se le ocurrió derribar la parte alta del edificio y convirtió el resto en almacenes guardamuebles.

—¿Y eso es todo lo que hay ahora?

—No, no todo. Hay almacenes guardamuebles y también una discoteca de esas que llaman underground, ese horrible nombre inglés, supongo que sabes a qué me refiero.

—Sí, un club de esos metidos bajo tierra y donde se toca el jazz o algo por el estilo, ¿no?

—Sí. Algo así. Vámonos.

—¿Por qué? ¿No podemos averiguar qué pasa y contárselo a los jefes?

—No, no, Mario. De ahí mejor no contar nada. Te lo digo yo que conozco todo esto muy bien.

—Sí, eso parece. ¿Cómo sabes tanto de este lugar?

—Porque me orienté y luego busqué en los libros de historia de la ciudad. Créeme, Mario, si yo fuera un hombre que se espanta con facilidad, ahora tendría el cabello blanco a causa del terror.

—Pero ¿qué es lo que vio?

—Vámonos, aquí ya no hay nada que hacer —insistió—. Lo cierto es que suponía que el mal olor venía de aquí.

—¿Y por qué no se lo ha dicho a los jefes?

—Porque yo no he contado nunca a nadie lo que aquí sucede, Mario, nunca, me hubieran encerrado por loco. Y es fácil volverse loco pasando lustros y lustros caminando por las viejas cloacas de la ciudad. Pronto me jubilaré y como ya no sabré vivir arriba, a la luz del sol, ni pasear por los parques como hacen otros ancianos, no tardaré en morir y me llevarán al cementerio, nadie volverá a saber de mí. Quizá alguien, en los servicios de los alcantarillados, se acuerde del viejo Boubane que se conocía todas las calles subterráneas de la ciudad.

—Pues yo tampoco tengo miedo. ¿Cree que es el único capaz de sujetarse bien los cojones para que no se le suban a la garganta? Verá como averiguo lo que ocurre y se lo digo a los jefes.

—No seas idiota, Maris. Vámonos...

El joven portugués arrancó unas piedras más o menos rectangulares que sujetaban la reja y haciendo fuerza con una sola mano, obtuvo la suficiente separación como para que su cuerpo cupiera entre el enrejado y la pared.

—Lo que pasa es que se las da de valiente, abuelo —se rió Mario.

—Muchacho, no lo hagas, no tendrás ni tiempo de arrepentirte. Haz caso de un viejo que ha vivido mucho y si no lo sabe todo en este inframundo, si sabe muchas cosas.

—¡Espéreme aquí fuera, abuelo! —exclamó como perdiéndole ya el

respeto, mientras la voz de Jean Boubane se hacía más cansada, más resignada.

Mario pasó entre las rejas y las piedras y no tardó en quedar al otro lado de los barrotes oxidados y húmedos.

Jean Boubane vio la luz del joven inmigrante que había llegado a la ciudad francesa en busca de trabajo, un trabajo que había encontrado en el mundo nada agradable del alcantarillado.

Jean Boubane se quedó quieto, observando las rejas y perdió de vista la luz de la lámpara de carburo de Mario, que parecía ir en busca de la discoteca underground, pensando quizá en descubrir alguna francesita seducible tras emerger por alguna tapa de alcantarillado, mas Jean Boubane estaba seguro de que no ocurriría nada de eso, mientras se decía que él no era nadie para torcer el destino de Mario que se había empeñado en meterse en aquella galería que había tenido que forzar. Era cosa suya, era su problema, él no podía impedírselo.

—¡¡Aaaaagggh!!

El alarido brotó de una garganta humana como si ésta se hubiera desgarrado.

Fue un grito mezcla de terror y agonía, de dolor y de impotencia. Se propagó por las galerías de la red de alcantarillado hallando mil ecos hasta que el rumor de la cascada terminó absorbiéndolo.

Decenas de ratas chapotearon saltando al agua corno buscando un lugar más seguro. Otras quedaron acurrucadas contra el fondo de sus guaridas, temblando jumo a su prole, que buscaban con sus pupilas los ojos de la madre para que ésta les explicase lo que significaba aquel alarido que no habían oído antes.

Dentro del cráneo de Jean Boubane también rebotó innumerables veces aquel grito multiplicado por el eco. Al verle inmóvil, con la lámpara colgando de su mano, se hubiera podido decir que Boubane permanecía indiferente a lo que acababa de ocurrir, que no le importaba nada y que su comportamiento era fruto de una indiferencia glacial e inhumana; mas, no era así. Su actitud hierática, estatuaria, no era más que un miedo paralizante, como si algún maligno insecto le hubiera picado, inoculándole una ponzoña que desconectaba todo su sistema nervioso.

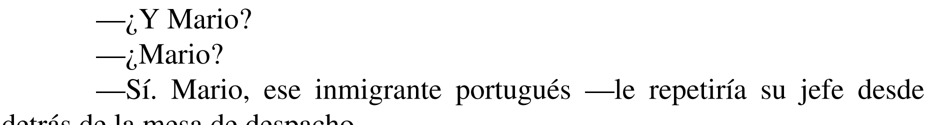
Mas aquello duró poco. Jean Boubane estaba hecho a aquel submundo de tinieblas, hedor, putridez y ratas.

Empujó la verja que Mario separara de la pared hasta encajarla de nuevo. Sujetó el gancho de la lámpara entre una de las fisuras para así tener las manos libres y después recogió las piedras medio ocultas por el agua que se deslizaba hacia la gran cascada por su parte baja.

Con las manos empapadas de aquel agua que nadie quería ver ni oler y muchísimo menos tocar, volvió a colocar las dos piedras que Mario arrancara y así dejó la reja más o menos como estaba antes.

Ya no se oía nada, no había gritos; Jean Boubane estaba seguro de que

Mario no volvería.



—¿Y Mario?

—¿Mario?

—Sí. Mario, ese inmigrante portugués —le repetiría su jefe desde detrás de la mesa de despacho.

—No sé, lo dejé junto a la boca de la alcantarilla de salida y no le he vuelto a ver; quizá no le gustara esa clase de trabajo.

—Otro que se va... Pues será anulada su carta de trabajo y si continúa en Francia será de forma clandestina. Peor para él.

—Sí, peor para él... —se dijo pensativamente el viejo Boubane que imaginaba la situación cuando le preguntaran por el desaparecido Mario, mientras él, balanceando la luz de carburo, se alejaba de aquella boca de sumidero enrejada.

CAPITULO II

La potente «Yamaha» disminuyó su marcha sobre el asfalto y arremetió contra el bordillo, subiendo a la acera. El motor rugía aún cuando Larry Sead estiró sus largas piernas por la dura tela de los blue-jeans.

Dio una ojeada al edificio de cuatro plantas frente al que se había detenido y musitó entre dientes: «Residencia Martin».

Larry Sead era un joven inglés, alto y delgado, y lo parecía más debido al jersey que vestía, caído sobre los pantalones vaqueros. Llevaba el cabello largo, también usaba bigote y barba y el color de ésta era ligeramente más oscuro que el pelo de la cabeza, castaño dorado.

Su mirada era inteligente y su aspecto jovial, a veces grave, aunque solía bailar una media sonrisa cínica en sus labios sombreados por el bigote.

Detuvo el motor de la «Yamaha», le colocó el doble seguro, pues tenía en gran estima a su máquina, y tomó el portabultos que llevaba tras el asiento posterior del petate que estaba a rebosar y parecía pesar mucho. Cargó con él, mitad sobre el hombro, mitad en la espalda, y cruzó el umbral de la residencia.

La madame (así la conocían todos) no era la propietaria de la residencia, pero se ocupaba de ella y también del registro de recepción. Al ver al joven, se abrió ligeramente de piernas y puso sus manos sobre las caderas que no eran tan anchas como hubiera deseado en su juventud, cuando la belleza de una mujer casi se media por la amplitud de sus caderas y el volumen de las mamas. Se enfrentó así al recién llegado, aunque tuvo que alzar la cabeza; el joven resultaba demasiado alto para que ella pudiese mirarlo de igual a igual.

—¿Qué buscas?

—Me llamo Larry Sead.

—Inglés, ¿eh?

—Pues sí —respondió Larry con un francés muy aceptable aunque su acento anglosajón le denunciaba como extranjero.

—Larry Sead, Larry Sead —gruñó en voz baja. Había abandonado su postura en jarras, como dispuesta a que el muchacho no rebasara una pulgada más de las baldosas donde ella había afincado sus pies—. Si, aquí está —dijo casi triunfante, cambiando algo su actitud al mirar el libro de registro—. Eres arquitecto, ¿verdad?

—Sí, pero me falta la tesina.

—Conque la tesina... No habrás venido a buscar otra cosa a la dulce France, ¿eh? —preguntó achicando sus ojos que cargó de picardía, pero no como cómplice, sino en actitud de interrogador que espera descubrir las intimidades de su enemigo.

Larry Sead sonrió. Dio un vistazo en derredor y en vez de responderá la madame, dijo:

—Se ve limpio todo esto.

—Pues claro, no faltaría más. Tu habitación es la trece, tiene tres camas.

—¿La trece?

—Sí, ¿es que eres supersticioso? —preguntó con una voz que semejaba que dentro de su boca tuviera una almendra con cáscara incluida.

—No, no me importa. ¿Dice que hay dos camas más?

—Sí, son buenos chicos. Creo que uno se marcha mañana o pasado mañana, ya veremos. Ah, no se permiten sesiones de pornografía.

—Hum, no sabía que aquí hubiera posibilidades de eso —rió Larry Sead que se negaba a tomar en serio a la gruñona madame que pretendía comportarse como el más duro jefe de funcionarios de prisiones leyendo sus deberes a los recién llegados, dándoles a entender que en cuanto a derechos no había nada que hablar.

—El que quiera pornografía, que vaya al cine cochón. Esta es una residencia honorable, aunque sea mixta.

—De acuerdo, deme las normas por escrito y ya me las iré estudiando.

La madame quería decir unas cuantas cosas más, pero Larry decidió que ya la había escuchado bastante y se dirigió a la escalera dejándola con la palabra en la boca.

Subió al piso primero y se enfrentó con la puerta trece. Sólo tuvo que empujarla y ésta cedió.

Un joven de cara cuadrada y mandíbula dura estaba tumbado en la cama leyendo un libro gracias a la luz de un flexor. La ventana daba a la calle, pero un árbol delante de la ventana filtraba la luz en exceso.

El que leía no pareció preocuparse por el recién llegado; sin embargo, Larry se le acercó. Miró el libro, identificó el idioma y preguntó:

—¿Germany?

—Deutsch —puntualizó el otro joven, queriendo afirmar su identidad alemana en su propio idioma.

—Me llamo Larry Sead y soy inglés. Supongo que si estás aquí es que sabes francés, por lo que si cruzamos alguna palabra podemos hacerlo en ese idioma.

—De acuerdo —aceptó el alemán y siguió leyendo.

Larry se fijó en las otras dos camas, poniendo atención en la que estaba perfectamente hecha y que tenía al lado una mesita de noche vacía. Descargó su petate, se quitó las botas y se dejó caer en la cama cruzando los brazos tras la nuca. Bostezó largamente. Desde su cama, el alemán apartó los ojos del libro y dio una ojeada al recién llegado.

—¿Quieres algo? —preguntó Larry.

—¿Tienes amigas aquí?

—Me carteo con una tal Florence, es holandesa. ¿La has visto?

—Sí, duerme en la veintitrés, justo encima de nosotros. Y no vayas a pensar que por las noches las chicas son unos angelitos; se mueven que dan

pena. Las camas aquí son viejas, gruñen cada vez que las chicas se dan vueltas y se oye todo.

—Será que tienes el sueño muy ligero.

—Sí, muy ligero y a Bruno le gustan las legumbres.

—¿Y?

—Por las noches es un poco ruidoso.

—Supongo que dormirá aquí con la ventana abierta.

—Sí, claro.

—Es bueno irse enterando de las particularidades de los compañeros de habitación.

—Me llamo Gustav y quiero ser doctor en Ingeniería.

—Yo, Larry, y soy arquitecto.

—Cuando quieras, nos tornamos una cerveza, Vetter (*Algunos alemanes c ingleses se llaman primos unos a otros por tener ambos pueblos muchas cosas en común*) —le dijo Gustav.

Cuando Florence se enteró de la llegada de Larry Sead a la residencia, se presentó en la habitación trece acompañada de otras dos muchachas que compartían con ella la habitación veintitrés.

Las chicas sonrieron abiertamente al recién llegado. Su aspecto les agradó al primer golpe de vista; pese a estar descalzo, les pareció muy alto.

Larry y Florence sólo se conocían por carta. Florence también estudiaba arquitectura en Holanda pero estaba todavía en el ecuador de su carrera. Era una muchacha extremadamente delgada, de senos planos y caderas casi inexistentes. No podía decirse que fuera guapa, pero tenía cierto atractivo.

No obstante, a Larry Sead le atrajo más Alouette, una jovencita de Aviñón, y tampoco le pareció nada mal Margaret, una espigada pelirroja australiana plagada de pecas que no la afeaban y sí la hacían más graciosa.

—¿Has venido a hacer tu tesina? —le preguntó Florence mientras se apartaba el cabello trigueño oscuro que le ocultaba medio rostro. Su ademán era involuntariamente coqueto.

—Sí, tengo dos meses para hacer un buen trabajo.

—Bueno, no te vas a poner a trabajar en seguida, ¿eh? —le preguntó Florence.

—No, claro que no.

Desde su cama, Gustav, que seguía tendido en ella como si nada en el mundo le importara a excepción de sus libros, intervino para decir:

—Podemos ir a La Gruta, yo os acompaño. He invitado a Larry a una cerveza y yo cumplo mi palabra.

—Está bien, ¡remos todos —aceptó Margaret, preguntando después —: ¿Y Bruno?

—Ha dicho que iba a buscar unos francos o la madame le echaba de la residencia.

—¿Qué estudia Bruno? —quiso saber Larry.

—Hace siete años que estudia Medicina —respondió Gustav que parecía conocerle bien.

—Pues ya debe estar terminando la carrera.

—Qué va, está en el segundo. Es un latino y ése no acabará jamás, ya lo veréis.

—¿Qué tienes contra los latinos, cabeza cuadrada? —preguntó Alouette, enfrentándosele.

—Que los latinos no tenéis constancia —replicó el joven alemán con su acostumbrada rudeza.

—Pero tenemos intuición. A ti, para que aprendas algo, hay que darte con un cincel en el cráneo.

—Puede ser, pero luego, lo que me ha quedado grabado en el cerebro, ya no se borra jamás.

—Será mejor que no discutamos —dijo Alouette, molesta.

—Bueno, vamos a La Gruta, pero...

—Tienes hambre, ¿eh Larry?

—Pues sí, tengo hambre.

—No hay comedor en la residencia, pero en la acera de enfrente tenemos un self-service ajustado —le explicó Florence.

—Ahí es donde Bruno se hincha de garbanzos y alubias —se quejó Gustav—. A los clientes fijos, cuando los ven muy pálidos, no los dejan entrar más en el restaurante por temor a que la policía les acuse de envenenamiento.

—¿Es ése el humor alemán? —interrogó Larry, tratando de aceptar con jovialidad las intromisiones de Gustav, quien no se levantó de la cama hasta que las chicas abandonaron el cuarto.

A Larry le pareció una grosería fuera de lugar, pero pronto descubrió la explicación. De debajo de la cama Gustav sacó unos zapatos de triple suela que lo elevaban del suelo más de siete centímetros y aun con ese calzado se veía más bajo que el inglés.

—No te preocupes tanto, hombre. Napoleón también era bajito y se hizo notar mucho —le dijo Larry, consolador.

Antes de que Gustav pudiera replicar, entró en la habitación el italiano Bruno. Venia moviendo los brazos como si nadara a braza satisfecho.

—¡Hoy es el día de mi suerte, esa bruja no me va a echar! —Se quedó mirando a Larry y preguntó—: Tú eres nuevo, ¿eh?

—Sí, me llamo Larry Sead.

Gustav se había colocado unas gafas montadas al aire, de escasa graduación, que no había llevado mientras leía. Parecía absurdo, pero con las gafas hacia al revés que la mayoría de las personas.

—¿Te han enviado algún giro desde la soleada Italia?

—No, me he ganado algunos francos.

—¿Vendiendo drogas? —inquirió Gustav, que parecía tener vocación de comisario, aunque al primer golpe de vista nadie lo diría. No se mostraba interesado por los demás, pero luego resultaba todo lo contrario.

—Oye, führer, si piensas que te voy a hacer un préstamo, vas listo; pídeselo al Banco Federal Alemán.

—No me llames führer. Soy demócrata.

—¿Has oído, Larry? Con esa cara y dice que es demócrata, eso no se lo cree ni la madre que lo parió. Por cierto, ¿es tuya esa máquina que está abajo? —le preguntó a Larry.

—Sí.

—Es una buena máquina, aunque las italianas ganan a las japonesas.

—Las mejores motocicletas son las alemanas —puntualizó Gustav alzando el mentón de forma que parecía estar dictando una sentencia inapelable, ya no aceptaría más discusiones. Para él, la técnica alemana estaba por encima de todas las demás técnicas.

Cenaron en el self-service y Larry se dejó llevar a la discoteca underground que llamaban La Gruta.

—Iremos todos en mi coche —propuso Gustav, dispuesto a convertirse en dirigente.

—Ni hablar. Te crees que tu escarabajo es una lata de sardinas y luego, ¿qué? Tendrán que abrirlo por arriba para sacarnos —gruñó Bruno con sus naturales aspavientos al hablar.

—Yo os seguiré con la moto; una chica puede ir conmigo.

—¿Una chica, eh? ¿Y por qué no un chico? —preguntó Bruno mirando maliciosamente al inglés, dándose cuenta de que Larry podía convertirse en un peligroso rival en la captación de las atenciones femeninas.

—Sí, eso, eso —aceptó Gustav—. Tú vete con el inglés y yo llevo a las chicas.

—¿Has oído a éste? —Preguntó Bruno a Larry—. Se cree que somos tontos o maricas, nosotros jumos y él, ¡hala!, tres para él solo, cuando con media no llega a ninguna parte.

—Oye, spaghetti, te voy a...

—¿A qué? —se infló Bruno al preguntar, y su tórax le pareció demasiado ancho al joven y bajito alemán.

—Te crees muy guapo, ¿eh?

—Porque lo soy. ¿De dónde podría sacar los francos para pagar a la madame?

—Si ya me lo temía, eres un *maquereau*...

—¡Tu padre...!

—¿Mi padre, mi padre?

—Ya está bien, yo me llevo a una chica y los demás vais juntos en el «Volkswagen» —cortó Larry, cogiendo por el brazo a Alouette, la cual no opuso resistencia.

Florence quedó un poco defraudada, hubiera deseado ser ella la elegida. Después de todo, Larry estaba allí por ella, era la que más derecho tenía. Se acomodó junto a Gustav en la parte delantera del utilitario y Bruno quedó atrás con la pelirroja, a la que comenzó a contarle cosas al oído en voz

muy baja.

Larry notó la mano de Alouette cogiéndole por la cintura. La velocidad no era mucha, ya que tenían que seguir al cochecito alemán.

—¿Te gusta correr? —le preguntó la muchacha.

—A veces. Por la autopista sí me gusta darle gas a la máquina.

—Me gustaría sentir un día el placer de la velocidad sin carrocería alrededor. Debe ser excitante.

—Lo es, pero también es peligroso y hay gente que se asusta.

—Si me asustase me aguantaría.

—Pues un día de estos te propondré dar una vuelta.

Llegaron frente a La Gruta y Gustav detuvo el auto en doble fila.

—Bajad, iré a buscar un hueco para aparcar —les dijo.

Larry metió su potente «Yamaha» entre dos automóviles y la hizo subir a la acera sin que Alouette se hubiera apeado. Detuvo la máquina, la alzó para asegurarla con el caballete y le colocó el doble seguro mientras Gustav rodaba en busca de un aparcamiento.

Aquella especie de antro de diversión no tenía una mala luz de neón, sólo un rótulo sobre la puerta metálica que decía *La Grotte*. A derecha e izquierda, paredes viejas, desconchadas, de pésima calidad, almacenes.

—¿Es esto? —se asombró Larry.

—Sí, no es un lugar para turistas —observó Bruno—, aunque la mayoría de nosotros lo seamos, bueno, no somos turistas, pero...

—Entremos —propuso Margaret.

Florence trató de colocarse junto a Larry, pero Alouette, la francesita de Aviñón, no se separaba de él.

La Gruta tenía un vestíbulo de unos ocho o diez metros cuadrados. Se empujaba una puerta negra y mugrienta y se encontraba uno con las escaleras descendentes. Hasta ellos llegó la música que surgía de un saxofón tenor y piano. Larry la identificó como un coid blues.

No eran cinco, diez ni veinte peldaños, sino más de treinta hasta llegar a la discoteca, pues la mayor parte del tiempo la música se servía enlatada y los disc-jockeys eran varios que se turnaban; de este modo, la música no era siempre al gusto del mismo.

En aquel lugar no se habían gastado un mal franco en decoración. Las paredes eran de ladrillos y también las columnas. El techo estaba formado por gruesas vigas de madera de ciprés. Le llamaban La Gruta porque había tabiques muy gruesos que dividían sectores del local y al mismo tiempo sostenían parte del techo; por consiguiente, no habían podido ser derribados y se formaban como unos túneles escasa o nulamente iluminados.

—Allí hay sitio, venid —indicó Bruno, adelantándose.

En aquel local reinaba un ambiente completamente anárquico, nadie se preocupaba de nadie y cualquiera era libre de acercarse al entarimado y bailar en solitario, al estilo gogo, o hacer lo que le viniera en gana mientras no fuera masivamente abucheado. Tampoco había camareros sirviendo las mesas.

—¿Quién trae las bebidas? —preguntó Larry.

—Cada cual. Aquí te cobran la bebida, el vaso y la botella; cuando te quieres largar, si entregas el vaso y el casco, te devuelven su importe. De este modo se ahorran empleados, seguros sociales y todas esas puñetas. ¿Qué quieres tomar?

Pidieron combinados en su mayoría.

—Yo iré contigo al mostrador —dijo Larry a Bruno, mientras cada chica sacaba de sus respectivos monederos su parte de pago en la consumición.

Larry, al ver al servidor del mostrador, quedó perplejo. Se cubría con un sayal de monje y su rostro era una calavera, pero con las cuencas de los ojos llenas.

—Original, ¿eh? —Le dijo Bruno—. Cuando hace calor no sé cómo aguantan esa careta.

—¿Y por qué se la ponen?

—Originalidades de la casa, ya sabes, pijotadas.

—¿Pijo... qué?

—Chorradas, hombre, chorradas...

—Ya.

—A mí me da la espina de que no es siempre el mismo tipo, pero con esa careta lo parece.

—¿Y no dice nada?

—Qué va. Ni liga, sólo suelta el precio y no lo sacas de aquí. Cualquier día le doy un manotazo y le arranco la careta.

—¿Y qué te importa la cara que haya debajo?

—Oye, pues tienes, razón —aceptó Bruno cogiendo los vasos.

—Cincuenta y dos francos —dijo el extraño monje que atendía la barra, como mordiendo las sílabas, muy lúgubre.

En aquellos momentos por la escalera descendía un hombre que bordeaba la ancianidad. Sus movimientos eran pesados, lentos.

Nadie sabía allí que Jean Boubane era un funcionario municipal al servicio de las larguísimas, laberínticas y complicadas alcantarillas de la gran ciudad.

En La Gruta había hombres y mujeres de lo más variopinto; no es que el local estuviera lleno a rebosar, habría dos o tres docenas de personas de distintas edades, pero según decía Florence, luego se animaría y llegaría más público.

Jean Boubane, con su cabello blanco, quizá más blanco por la ausencia de los rayos del sol a lo largo de toda su vida que por años acumulados, no encajaba en aquel ambiente. Desde el exterior, cualquiera hubiera notado de inmediato que Jean Boubane no funcionaba allí, mas los concurrentes no lo advertían, ya que cada cual estaba interesado en sí mismo o en su pareja.

Jean Boubane avanzó con sus pasos lentos entre las mesas, paredes y

columnas. Era como un ser que hubiera caído en un mundo desconocido y se dedicara a observar en derredor con sigilo, con cuidado para no hacerse notar.

Pasó delante de la mesa en que se hallaban Larry, Bruno y las tres chicas. Gustav seguía dando vueltas, buscando un hueco para aparcar el coche.

Dio un par de pasos más y lo que andaba buscando, quedó al alcance de su vista, tan al alcance que con un par de pasos ya podía tocarlo.

Jean Boubane quedó quieto, muy quieto, como si se hubiera convertido en una de aquellas viejas columnas que sostenían un techo también viejo.

Nervioso, sacó un paquete de cigarrillos de tabaco negro y se colocó uno entre los labios. Tambaleándose, avanzó los dos pasos que le faltaban y pidió:

—¿Me... me da fuego?

El hombre joven, de abundante cabello negro y aspecto latino, se volvió hacia él. Tenía un rostro grave, quizá sombrío. Los labios se le habían encogido hacia dentro y parecía incapaz de sonreír. Miró al viejo y al cigarrillo que tembló entre los labios de éste.

—Déjeme en paz, viejo, déjeme.

No era una súplica, tampoco una petición, era una orden y así lo tomó Jean Boubane, que retrocedió. Sintió la imperiosa necesidad de sentarse y lo hizo junto al grupo de jóvenes de la Residencia Martin.

—¿Qué le pasa, se encuentra mal? —le preguntó Larry, al verle tan pálido.

Alouette observando el pitillo sin encender, raspó un fósforo y le acercó la llamita.

Larry observó el lívido rostro de Jean Boubane mientras éste chupaba el cigarrillo. Expulsó el humo y miró hacia el portugués que ya no le miraba. Se volvió después hacia Larry, pero pudiéndole también oír los demás, dijo:

—Está muerto...

—¿Qué dice? —inquirió Larry, creyendo haber oído mal.

—Está muerto —repitió en voz baja.

—Abuelo, ¿ha bebido demasiado? —le preguntó Bruno.

—No, no he bebido. Ese hombre que está en la otra mesa se llama Mario, era portugués y está muerto, pero no es él, ya no es él...

Los jóvenes cruzáronse una mirada como diciéndose que el anciano desvariaba.

—¿Se encuentra bien, quiere que lo lleve a alguna parte? —se ofreció Larry.

—Marchaos, marchaos de aquí y no volváis, esto está podrido...

—Ahora vuelvo, creo que este abuelo me necesita —dijo Larry, cogiéndolo por el brazo.

Jean Boubane se dejó conducir dócilmente hacia la escalera de salida. Mientras subían se encontraron a Gustav que llegaba malhumorado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Nada. Ahora vuelvo, los demás están abajo.

Gustav, que había tardado bastante en buscar aparcamiento, estaba molesto pero procuró no demostrarlo y continuó escaleras abajo.

—Hola, ¿qué le pasa a Larry? —inquirió al llegar junto a sus amigos.

—Nada, que ese viejo no se encontraba bien y ha salido a acompañarle —le respondió Florence.

Había pasado más de una hora cuando Larry Sead regresó a La Gruta. Con el semblante preocupado se acercó al grupo.

—¿Qué le ha pasado al viejo? —interrogó Bruno.

—Nada, nada importante.

Larry buscó con la mirada al joven portugués que según Jean Boubane se llamaba Mario. Al no verle, preguntó:

—¿Y ese hombre que antes estaba ahí?

Todos miraron hacia la mesa vacía y nadie supo responder. Gustav, encogiéndose de hombros, respondió:

—Se habrá marchado. ¿Y a nosotros qué diablos nos importa?

—Sí, qué diablos nos importa —repitió Larry Sead extraviando la mirada, como perdiéndose en sus propios pensamientos.

—¿Qué te ha dicho el viejo? —preguntó Alouette, como si hubiera intuido algo de lo que bullía en la mente del joven ingles.

—Nada, nada importante, debía estar enfermo. Dice que se ha pasado cuarenta y cinco años de su vida paseándose por las alcantarillas de la ciudad.

—Es para volverse loco —opinó Bruno—, os lo digo yo, que pronto seré médico. Cuarenta y cinco años en las cloacas, eso no lo aguantan ni las ratas. ¿Qué, Margaret, bailamos?

—Sí.

—¿Bailamos, Larry?

Miró a Alouette y aceptó con un movimiento de cabeza. A los pocos segundos estaban abrazados, balanceándose al compás de la música arrancada de un disco que giraba y giraba.

Mientras, el extraño servidor vestido como un monje paseaba su mirada por los clientes de La Gruta sin que ninguna expresión se reflejara en su rostro de muerte ya descarnada.

CAPITULO III

Florence propuso a Larry Sead visitar una serie de monumentos-históricos de la ciudad; sin embargo, el joven arquitecto inglés no parecía tener demasiada prisa en verlos y así lo manifestó:

—Hazme una lista, si deseas ayudarme.

—¿Una lista para qué? En tu moto podemos recorrerlos.

Larry se escabulló de Florence como pudo y al encontrarse con Alouette en la cafetería, se le acercó.

—¿Cómo estás esta mañana?

—Con un poco de jaqueca —respondió la chica—. Creo que lo que bebimos ayer en La Gruta estaba adulterado, ponen cada porquería para suplantar las bebidas con garantía...

—Es cierto. Mientras no echen en la bebida alcohol de madera...

—Nos volveríamos ciegos, ¿verdad?

—Sí, eso si no nos moríamos antes. —Pidió un café con leche—. Estoy algo preocupado.

—¿Preocupado? ¿No te gusta la habitación de la residencia?

—Creo que hay chinches y cucarachas pero es lo de menos, la mayoría de las residencias de construcción antigua que se hallan en el centro de las ciudades las tienen. Si hicieran desinfecciones a fondo todo mejoraría, pero no, no es eso. Con un spray he pulverizado mi colchón y alrededor de la cama, aunque Gustav ya se ha quejado.

—¿Es alérgico al insecticida?

—No, dice que ahora el ejército de insectos se dirigirá hacia él en perfecta invasión reglamentaria.

Alouette se rió un poco.

—Pues que se compre otro spray, y así, entre todos, expulsaremos a chinches y cucarachas de la residencia. ¿Por qué decías entonces que estabas preocupado?

—Por el viejo de ayer.

—Ah, sí. Estaba mal, ¿verdad? Desvariaba.

—Lo llevé a su casa, vive solo en una buhardilla. Me gustaría volverlo a ver.

—¿Temes que haya enfermado?

—Hay muchos viejos que mueren en la soledad de sus cuchitriles sin que nadie se entere. A unos se les descubre pronto, a otros al cabo de un año o más, depende de la paciencia del casero o de si la vivienda es de propiedad o no

—Si tanto te preocupa, ¿por qué no vamos?

—¿Vienes conmigo, entonces?

—Sí, tengo la mañana libre.

Larry Sead poseía un excelente sentido de la orientación y montados

en la «Yamaha» no le costó trabajo encontrar la estrecha y húmeda calle que desembocaba perpendicular al rio y en la que vivía el viejo Jean Boubane.

—¿Estás seguro de que es aquí?

Larry observó el edificio que le pareció menos siniestro que la noche anterior.

Sus muros eran oscuros por culpa de la humedad y el humo de las calefacciones que en los días de niebla baja se expandían por todo el barrio, pegándose a las paredes y al interior de los pulmones de los seres que allí vivían.

El lugar era bastante silencioso. En el edificio apenas vivía gente o, cuando menos, debían hallarse en alguna parte trabajando y sólo volverían al anochecer, para descansar sus músculos machacados.

—Vive arriba. ¿Me esperas?

—No, subo contigo. ¿Te contó algo de su vida cuando lo trajiste?

—Sí, me contó muchas cosas increíbles.

—¿Increíbles, porqué, porque desvariaba?

—Probablemente. Su mente debe estar alterada, son muchos los años trabajando en el interior de las cloacas.

—Estará traumatizado.

—Eso creo. Subamos y luego daremos un paseo, tengo ganas de conocer la ciudad a fondo.

—De acuerdo. No soy de aquí, pero creo que podre guiarte —le observó la atractiva joven de Aviñón que vestía pantalones y cazadora tipo «safari» sobre una blusa blanca. El cabello rubio oscuro caía suelto sobre sus hombros.

Cruzaron el portal de la angosta escalera. Hedía a orines de gato que nadie se preocupaba de limpiar. Allí no había nadie para atender a quien llegase ni darle información.

En la pared estaban atornillados unos cuantos buzones de madera donde los nombres de los vecinos del viejo edificio apenas se veían. Larry encendió una cerilla y la acercó a los buzones, deteniéndose frente al último de ellos.

—Aquí está, Jean Boubane, buhardilla.

—¿Subimos o llamamos?

—Como no sea a gritos —respondió Larry.

Subieron y la escalera se hizo paulatinamente más oscura. Al principio, los dos primeros pisos tenían peldaños de piedra y el resto ya eran de madera, muy gastada por el largo uso.

Alouette se guiaba cogiéndose al pasamanos. Poco a poco fue llegándoles algo de luz gracias a que en lo alto había una pequeña claraboya que dejaba pasar luz del exterior, una claraboya sucia y rajada.

El cuarto rellano tenía dos viviendas, si es que así podían llamarse y de aquel rellano partía una escalera más empinada con una baranda funcional y rudimentaria que llevaba a otra puerta que era la buhardilla del edificio,

quizá construida con vistas a ser convertida en trastero general para los vecinos, pero el propietario había decidido alquilarla, lo mismo que las restantes viviendas, para sacar un poco más de dinero. Probablemente, hacía ya más de un siglo que el primer propietario había muerto y los que le siguieron adoptaron sus mismas costumbres.

—Por lo menos, aquí hay un poco más de luz —opinó Alouette mirando hacia la pequeña claraboya por la que debería filtrarse el agua los días de lluvia, agua que gotearía por las barandas hasta llegar a la base del edificio donde se encharcaría, disolviendo la suciedad y aumentando el mal olor.

Larry llamó con el aldabón y no obtuvo respuesta. La joven observó:

—Parece que la puerta cede.

Larry la empujó. Gruñendo, la puerta cedió efectivamente y un hedor a humanidad les abofeteó la cara. Dentro apenas había luz, sólo la que les ofrecía la claraboya de la escalera.

—Aguarda, entraré para descorrer las cortinas que tapan las ventanas.

Tanteando, Larry se introdujo en la buhardilla. Tropezó con una silla, sorteó una mesa y llegó hasta la ventana. Descorrió las pesadas y mugrientas cortinas para que entrara luz en la estancia.

Alouette se internó en la vivienda por una gran pieza y una puerta que debía dar paso a un retrete de menos de un metro cuadrado. Todo era viejo y sucio allí. Una mesa, dos sillas, unas estanterías hechas con maderas sin pintar, botas altas de goma para caminar por las cloacas, varias lámparas de carburo colgadas de ganchos.

—¡No mires! —le pidió de súbito Larry.

—¡Dios mío, qué horror!

Alouette no pudo evitar ver a Jean Boubane que se hallaba en su catre. Había sangre por todas partes, pared, suelo...

Jean Boubane estaba muerto, con los ojos vidriosos y abiertos, unos ojos aterrados.

Su cuerpo estaba como despedazado por una fiera a mordiscos y zarpazos. Le faltaba parte del labio inferior y tenía arrancada la mitad de una mejilla. El pecho mostraba al descubierto algunas costillas. Era como si hubiera sido atacado con una ferocidad desconocida, demoniaca, impropia de un ser humano, sólo posible en una bestia o varias bestias rabiosas.

—¡No te muevas, no te muevas! —le pidió Larry.

A la muchacha no le hizo falta que le pidieran que no se moviese, estaba como si le hubieran clavado las pies en el piso de madera, paralizada por el terror.

El espectáculo que tenía ante sus ojos resultaba atroz. Ella jamás había visto nada semejante, sólo en las pantallas iluminadas de los cinematógrafos y sabiendo que todo era trucaje. En cambio, allí, al alcance de su mano, estaba un cadáver destrozado, sangrante y no por causa de un accidente automovilístico.

—Gggggsffff...

—¡Agg! —gritó Alouette.

Al volverse, en lo alto de un estante, descubrió a un enorme gato negro de ojos amarillo-verdosos, que le mostraba los colmillos con el pelo erizado.

—Vámonos de aquí —le dijo Larry.

Cogiéndola por los hombros, la empujó hacia el exterior y cerró la puerta. Recordando el aldabón, lo limpió, sacándose un pañuelo del bolsillo.

—¿Qué ha pasado, Larry, qué ha pasado?

—El viejo ha sido asesinado y el gato está asustado, posiblemente ha sido testigo del crimen, lástima que él jamás podrá hablar.

Larry hizo que Alouette bajara las escaleras deprisa y sin tocar la baranda. Al llegar a la calle, puso en marcha la «Yamaha» y se alejaron rápidamente. Larry no se detuvo hasta enfrentarse con una terraza de bar bien soleada.

—Aquí nos sentaremos un poco.

La joven continuaba muy pálida. No había articulado palabra desde que abandonaron la buhardilla de Jean Boubane.

—Luego llamaremos a la policía de forma anónima para avisarles de lo ocurrido.

—¿Qué van a tomar? —preguntó el camarero, acercándose.

—Dos cafés cortos, a la italiana —pidió Larry.

Alouette sentía un nudo en la garganta. Al fin, haciendo un esfuerzo, preguntó:

—¿Qué es lo que ha pasado, Larry?

—No lo sé. El viejo me contó cosas extrañas, pero yo creía que estaba alucinado cuando menos.

—Entonces, cuando decía que aquel hombre joven de La Gruta estaba muerto, ¿era cierto?

—No, no puedo creer semejante cosa —denegó Larry sin fuerza, recordando la visión del cadáver destrozado del viejo.

—¿Quién ha podido hacerle una cosa así? ¿Tendría perros grandes en su buhardilla?

—Si han intervenido perros, la policía lo descubrirá.

—Tú no lo crees, ¿verdad?

Larry suspiró.

—Yo no puedo creer ni dejar de creer. Sólo sé que ese viejo ha sido asesinado de una forma atroz.

—El temía algo y parece que tenía razón.

—Hay que dejar que sea la policía quien lo averigüe. Desde una cabina próxima les das un telefonazo breve. Das la dirección, dices que hay un muerto y cuelgas.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Por qué yo?

—Porque yo tengo acento extranjero, se me notaría. Es mejor que la llamada resulte lo más anónima posible, no tengo deseos de perder el tiempo en interrogatorios.

—Está bien, llamaré.

—Buena chica.

El camarero les sirvió los cafés. Larry pagó para no tener que estar pendiente de él en el momento en que quisiera marcharse.

—¿De verdad que no sabes lo que ha podido ocurrir, Larry?

—No, no lo sé, parece haber sido atacado por una o varias bestias. Si estuviéramos en un lugar salvaje, pensaría en lobos o algo por el estilo, pero aquí, en la ciudad, no lo entiendo; el forense ya dirá qué ha podido ser.

—Pero, pero ¿qué te dijo él?

—Me habló de las cloacas y de un lugar determinado. Me dijo que allí estaban los espectros y que guardaba un tesoro, pero que él no lo quería.

—¿Espectros, tesoro?

—Sí, eso me contó, yo pensé que estaba bebido o enfermo.

—Quizá, si pasó cuarenta y cinco años de su vida en las cloacas, pudo descubrir algún escondrijo. La ciudad es milenaria. ¿Cuántos sucesos, cuántas guerras han podido ocurrir en tamo tiempo?

—Muchos. Se empiezan edificaciones, se arrasan y se edifican otras encima de los cimientos aprovechados.

—¿Se suele hacer?

—Sí, aunque ahora se toman muchas precauciones y se hacen pozos de prospección alrededor de los cimientos para constatar su solidez. Siglos atrás quizá no se tomaban tantas precauciones, máxime si se iba a levantar un edificio de viviendas modestas o para cobijar caballerías. Eran otros tiempos en los que sólo tenían importancia los monumentos como catedrales, castillos o palacios.

—Luego puede existir ese lugar del que habló el viejo.

—Sí, pero...

—¿No crees en los espectros?

—No.

—Yo tampoco desearía creer, pero después de lo que he visto...

—Anda» tómate el café y procura olvidar. Si la policía se entera de que hemos estado en esa buhardilla nos hará muchas preguntas. No entenderán que hemos ido simplemente a ver cómo estaba el viejo.

—Sí, será mejor no decir nada —aceptó Alouette, pensando más en el horrible estado del cadáver que en el temor a la policía.

Apenas diez minutos más tarde, Larry dejaba caer una moneda en el aparato telefónico. La propia Alouette marcó el número de la policía y cuando escuchó la voz del funcionario que se ocupaba del servicio telefónico, le dijo:

—En la buhardilla deja rué Les Pierres número ocho hay un viejo muerto.

—Eh, eh, mademoiselle, oiga...

Alouette colgó sin darle tiempo a preguntar nada.

—Vámonos y trata de olvidar —le dijo Larry.

—¿Olvidar un espectáculo como el que hemos encontrado? Creo que eso no lo conseguiré jamás.

La «Yamaha» no estaba muy lejos y echaron a andar hacia ella.

—En una gran ciudad las muertes violentas son cotidianas.

—Lo que hemos descubierto no es un cadáver con un tiro o una cuchillada, Larry, es la obra de una bestia o un loco.

—Posiblemente, la policía se encargará de encontrarlo —repitió una vez más para tranquilizarla.

—¿Crees que la discoteca La Gruta tiene algo que ver con esa muerte?

—No lo sé; la buhardilla del viejo está muy lejos de La Gruta.

—Pudieron seguirle.

—Es posible, pero será mejor que dejes de pensar en ello, sólo conseguirás atormentarte.

—¿Larry, es posible que tú puedas olvidarlo con tanta facilidad precisamente tú que has ido a ver cómo se encontraba el viejo al que conociste ayer noche?

—Yo no he dicho que lo vaya a dejar estar todo. Haré mis averiguaciones, pero procuraré no cruzarme con la policía. Soy extranjero y no quiero tener que acudir a mi embajada pidiendo ayuda legal. Ya sabes lo que piensan los policías viejos.

—Pues no.

—Pues, que los jóvenes como nosotros se reúnen para tomar drogas y después cometemos atrocidades. Todos están esperando toparse en su jurisdicción con un caso como el de la familia Manson en Los Angeles de California, y yo no quiero que me líen. He venido a trabajar, si hago alguna investigación será por mi cuenta y tú estarás calladita. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —aceptó ella.

Larry la cogió por la barbilla, se la alzó, le sonrió y la besó en los labios. Fue un beso tranquilizador, pero notó que Alouette se estremecía ligeramente, lo que indicaba que no era refractaria a sus caricias.

CAPITULO IV

Gustav, el joven estudiante de ingeniería, asomó su cabeza al corredor para asegurarse de que nadie se acercaba. Cerró la puerta con cuidado y colocó una silla inclinada apoyada en lo alto del respaldo, por debajo de la manecilla de la puerta.

Se acercó a la mesita que correspondía a la cama de Larry Sead y comenzó a rebuscar entre los libros y papeles que Larry tenía en abundancia, esencialmente sobre el arte arquitectónico universal.

Para cualquiera no entendido iba a resultar difícil identificar lo que Gustav buscaba, mas éste tenía casi completa una carrera de Ingeniería y no le costó identificar una hoja de anotaciones y un gráfico que parecía de calles.

—Ya lo tengo...

Sonrió triunfal y, al mismo tiempo, comenzó a notar su frente perlada de sudor.

Fue a su mesita y cogió una hoja para copiar rápidamente, utilizando un rotulador fino. Gustav no era mal dibujante y su preparación técnica le ayudó a obtener una copia del plano.

Al alcance de su mano tenía un periódico en el que se relataba con todo lujo de detalles el macabro hallazgo del cadáver de un cloaquero ya anciano. Según el comentario del periódico, la policía guardaba absoluto silencio sobre las investigaciones que llevaba a cabo.

Según las propias observaciones de los periodistas, la muerte había sido causada por uno o varios animales furiosos o rabiosos.

A Gustav le importaba muy poco lo que decía el periódico, poseía otro igual e, incluso, tenía recortes de otros periódicos que hablaban de lo mismo.

Cuando hubo copiado el mapa, dejó todo lo que pertenecía a Larry exactamente como lo encontrara y para ello utilizó su meticulosidad germánica. Regresó a su cama cuando la puerta empezó a moverse y la silla a vacilar.

—Espera, espera —pidió, y apartó la silla.

Gustav estaba en tensión. Se había guardado tras de sí los papeles que había escrito y dibujado cuando apareció la cabeza de faz burlona del italiano Bruno.

—¿Qué estabas haciendo, Führer?

—¡Me llamo Gustav! —exclamó retrocediendo sin dejar ver lo que llevaba en la mano.

—¿Para qué te habías encerrado, tienes alguna chica debajo de la cama?

—¡Vete al diablo!

—No, no, tú no tenías una chica... ¿Te consolabas solo?

—¡Vetea la, a la...!

—¿A la mierda, no es eso lo que me quieres decir?

—¡Spaghetti! —soltó con desprecio y se volvió para guardarse el plano y sus anotaciones.

—¿Qué tienes ahí, qué son esos papeles, el mapa de un tesoro?

Gustav sintió que la sangre le subía a las mejillas y tuvo deseos de volverse y darle un puñetazo en mitad de las narices al italiano que se las daba de latin lover, y lo malo para Gustav es que a Bruno no se le daban mal los ligues.

—Sí, eso es, el mapa de un tesoro... Anda, déjame en paz.

Diciendo verdad y mentira en un cincuenta por ciento, se quitó de encima al intrigado Bruno, que había quedado sorprendido por aquel encierro en la habitación que no era habitual en Gustav ni en el mismo.

Gustav se calzó sus zapatos especiales que le elevaban de estatura, haciéndole sentirse mejor.

Mientras Bruno se dejaba caer en su cama llevando una revista enrollada en la mano, una revista en la que aparecían más hombres desnudos que mujeres, Gustav salió de la habitación procurando no dar pie al italiano para que le preguntara nada más.

El joven alemán, que no se había puesto las gafas que no necesitaba pero tras las cuales se escudaba, trepó al piso superior y llamó a la habitación veintitrés.

Abrió la puerta Florence, quien no disimuló un gesto de decepción al descubrir a Gustav. Sin duda alguna hubiera deseado que fuera Larry.

—¿Estás sola?

—Sí; Margaret se ha ido a una conferencia y a Alouette habrá que buscarla sobre la moto de Larry. Tan modosita que parecía.

—Déjame pasar. —Sin que Florence pudiera impedirlo, Gustav se metió en el cuarto, de dimensiones exactas al número trece que ocupaban los tres muchachos.

—Si nos encuentran aquí van a pensar...

—¿Pensar? ¿Es que eso te preocupa? Vamos, vamos, no eres ninguna ingenua. ¿Recuerdas todo lo que te contó Alouette?

—Si te refieres a lo del viejo muerto y que me pidió que no se lo contara a nadie...

—Pero ella os lo explicó a ti y a Margaret.

—Estaba muy sensibilizada con lo ocurrido y fue incapaz de callarse. Soñó con el muerto y cuando la despertamos de la pesadilla nos lo contó todo, ya te lo dije.

—Un secreto en boca de una mujer dura menos que una bola de nieve en el Sahara. Luego tú me lo contaste a mí.

—Había bebido un poco —se disculpó ella.

—Pues parece que hay mucho de cierto sobre todo este asunto. Tenemos que adelantarnos a Larry y a Alouette o se lo quedarán todo para ellos.

—¿El qué se quedarán?

—Pues ¿qué va a ser? El tesoro que mencionó el viejo —le dijo Gustav, como si estuviera hablando con una niña a la que hubiera que recalcar las cosas porque tenía dificultades en comprender.

—¿Y de verdad crees que hay un tesoro?

—Pues claro. Mira, ya tengo el mapa. —Le mostró el plano que copiara apenas unos minutos antes.

—Gustav, creo que estáis complicando las cosas.

—Al viejo le asesinaron por alguna causa, ¿no?

—Sí, Alouette contó que estaba horrible y no mintió, porque luego lo publicaron los periódicos.

—Sí, pero la policía no sabe nada del motivo del crimen.

—Es verdad. El periódico habla de una anónima comunicante que por teléfono les dijo que encontrarían el cadáver, bueno, ya lo sabes.

—Pues nosotros podemos ir en busca de ese tesoro antes que nadie. No se trata de robar sino de coger algo que ha estado oculto durante mucho tiempo, quizá siglos.

—Eso sería traicionar a Alouette...

Ante la protesta de Florence, Gustav replicó:

—Traicionarla sería decirle a la policía o a los periódicos que la anónima comunicante era ella. Se le echarían encima como lobos y posiblemente el juez ordenaría su detención.

—Es que... —vaciló.

—¿Quieres que lo que haya se lo queden Larry y Alouette?

Gustav no lo había hecho ex profeso, pero al unir los nombres de Larry y Alouette espoleó el interés de Florence que se sentía relegada a un segundo término.

Su compañera le había privado de la compañía del inglés y eso no era justo, ya que Alouette y Larry acababan de conocerse, mientras que ella le había estado escribiendo durante mucho tiempo. Incluso la presencia de Larry en la Residencia Martin se debía a la joven holandesa.

En breves segundos pasó de no querer traicionar a sentirse traicionada por su amiga.

—Está bien, vamos, si hay algo que encontrar lo cogeremos nosotros, que se fastidien.

—Eso, mientras se revuelcan en cualquier habitación de amor, nosotros podemos ganarles por la mano.

«Revolcarse en una habitación de amor, en un hotel, en cualquier lugar donde nadie los molestase...» Florence se repitió todo aquello y su mente se convirtió en una especie de tubo acústico donde rugían los celos, distorsionando una realidad que dejaba paso a la imaginación.

Tuvo que sacudir la cabeza para arrancar de su pensamiento la imagen de Larry y Alouette, los dos desnudos y fundidos el uno en el otro mientras su amiga entremezclaba suspiros con jadeos.

—¿Qué pasa, Florence?

—Nada, nada... ¿Será difícil encontrar el sitio? —preguntó, deseando interesarse por el plano para olvidarse de su amiga y de Larry.

—No creo. Tengo las calles apuntadas y ahora que va a oscurecer, no tendremos problemas.

—Pues, vamos, nos adelantaremos a ellos. ¿Y dices que ya tenían un plano?

—Sí, yo lo he copiado. Por lo visto, el viejo debió de contarle muchas cosas a Larry cuando éste lo sacó de La Gruta y como Larry entiende de calles, cloacas y edificios, no le ha costado hacerse un plano y orientarse. En realidad, debemos agradecerle que nos haya hecho el trabajo.

—Espera afuera; me pondré unos pantalones y enseguida salgo.

—Ponte algo ligero para caminar.

No tardaron en poner en marcha el «Volkswagen». Recorrieron algunas calles en él, dirigiéndose al centro de la ciudad vieja. Se introdujeron por una calle angosta y Gustav exclamó, entusiasmado:

—¡Ahí hay un hueco para aparcar!

Detuvieron el coche estacionándolo bien y Gustav sacó una linterna que producía un intenso haz de luz. Las pilas eléctricas debían ser nuevas.

—¿No se nos echará ningún coche encima?

—No te preocupes, verás cómo no.

Gustav colocó un triángulo fosforescente en la dirección que podían venir los vehículos, ya que la calle era unidireccional. Así cortaba un rato la circulación y advertía del peligro de encontrarse con una tapa de alcantarilla levantada.

Si algún coche insistía en pasar, tendría que medio subirse a la acera contraria a la que se hallaban estacionados los demás vehículos y aun así, el espacio era estrecho. Como empezaba a anochecer, no era fácil que pasaran grandes furgones.

En su coche utilitario, Gustav llevaba un buen número de herramientas, pues le agradaba solventarse los problemas de mecánica por sí mismo. No le costó encontrar la herramienta adecuada para levantar la tapa de la alcantarilla, aunque sí tuvo que hacer un gran esfuerzo físico para conseguirlo; la tapa pesaba y estaba bastante encajada.

—Ya está —dijo al orientarla hacia el triángulo.

Cuando Florence miró hacia el fondo del colector, se arrepintió de haber seguido a Gustav hasta allí.

—Yo no bajo —dijo de pronto.

—¿Que no bajas? Vamos, no seas tonta. ¿Crees que te va a morder alguien? —se mofó Gustav, muy en su papel de superioridad.

—Habrá ratas —protestó Florence.

—Las ratas le temen al hombre más que el hombre a las ratas, por eso nosotros vivimos arriba y ellas abajo.

Florence se sintió ridícula. Pensó que Gustav podía burlarse de ella

allí y después, delante de Alouette y los demás.

—No veo nada —protestó mientras se agachaba.

Gustav enfocó con su linterna hacia abajo y dijo:

—Te iluminaré.

—Déjame la linterna a mí.

—No, que si bajando se te cae al agua la habremos perdido. No temas, abajo hay andenes para caminar.

Florence, sujetándose la aprensión que sentía en aquellos momentos, comenzó a descender. Gustav iluminaba desde lo alto y luego bajó él. Ya desaparecía su cabeza de la superficie empedrada de la calle, pues allí el modernismo no había vomitado aún el asfalto, cuando los faros de un automóvil barrieron la calle y se encontraron con el triángulo de advertencia.

El conductor maldijo entre dientes y maniobró para sortear la alcantarilla abierta.

—¿Lo ves? —le dijo a Florence al llegar abajo y enfocar los andenes entre los cuales pasaban las aguas negras.

—Me da asco todo esto —protestó la joven. Se sentía como cogida en una trampa de la que no se veía con ánimo de escapar y todo por haberle contado a Gustav la pesadilla que había tenido Alouette y lo que ésta les había explicado después a ella y a la australiana Margaret.

Quizá, si no hubiera estado resentida contra Alouette, habría formado frente común con esta y no habría dejado suelta su lengua, mas, tenía la imperiosa necesidad de fastidiar a Alouette de alguna forma y se había desahogado contando los secretos de su amiga a Gustav.

En principio, le había parecido una pequeña traición sin repercusiones posteriores con la que. a lo sumo, se podía llegar a algunas burlas cuando todo hubiera pasado y la policía hubiese esclarecido la muerte del viejo Boubane; mas ahora se daba cuenta de que había quedado atrapada en su propia tela de araña por obra y gracia de la codicia de Gustav que, por otra parte, había preferido ir acompañado en vez de solo. Sin querer reconocerlo, también tenía sus aprensiones y sólo jactándose frente a otra persona que parecía más pusilánime que él vencía sus propios miedos.

—¿Está muy lejos de aquí el lugar que buscamos?

—No, se llega en seguida. Llevo el plano y no hay cuidado.

Gustav avanzó decidido por el andén opuesto al de Florence tras rebasar las aguas negras con una zancada larga, pues las galerías no tenían anchura allí.

Florence caminaba con mucha precaución procurando no quedarse atrás, pues la luz la llevaba Gustav y éste avanzaba resuelto.

—¡Ratas, hay ratas! —chilló de pronto.

—Pues claro, no esperarías encontrar patos, ¿verdad? —se burlo Gustav.

Florence estaba a punto de lanzar gritos de miedo pero se contenía. Evitaba tocar las paredes húmedas y sucias y vigilaba los albañales de las

edificaciones por los cuales caían continuamente residuos hediondos.

—Ten cuidado, no te vayas a manchar —se burló Gustav.

Chapoteos, goteos, chillidos de ratas asustadas por la luz de la linterna... Aquél era un mundo desconocido para Florence. Una hora antes no habría imaginado que aquella misma noche estaría caminando por la red del alcantarillado de la dudad.

—Oigo un rumor muy fuerte.

—Será la cascada —respondió Gustav deteniéndose y consultando el mapa que iluminó con la linterna—. Sí, estamos cerca de la cascada.

—¿No habrá peligro? —preguntó Florence, preocupada.

—Tú puedes entender este mapa como yo, eres estudiante de arquitectura, ¿no?

—A mi no me interesan las redes de alcantarillados.

—Ya, a ti te interesan los chalemos en las costas mediterráneas, ¿no?

—Si sigues burlándote, me voy.

Sin abandonar su plano, Gustav siguió avanzando y mientras el rumor se hacía más y más intenso.

Llegaron a la amplísima galería subterránea cuyo centro parecía un río casi turbulento que luego quedaba cortado en cascada.

—¿Y ahora qué hacemos?

Gustav buscó con la linterna entre las diversas galerías que convergían en aquella encrucijada y descubrió una de ellas más pequeña.

—Ahí está, tendrá unos escalones que bajan.

Avanzó y comenzó a descender. Ella le siguió, protestando.

—No veo nada.

—Es que con mi cuerpo te tapo la luz, pero no puedo evitarlo, esto es muy estrecho —le contestó el joven alemán elevando su voz sobre el rumor de la cascada subterránea y artificial de aguas negras y apestosas.

Florence caminó sujetándose a las paredes para no caer y así llegaron a la parte baja de la cascada donde las distintas galerías se unificaban en niveles; allí, el rio de aguas negras se enroscaban para proseguir viaje hacia las depuradoras.

Gustav se complació en iluminar la cascada con su linterna.

—No está mal, no está mal... Ahora según indica el plano, hay que pasar por detrás de la cascada donde hay otra galería.

—¿Falta mucho?

—No.

Gustav echó a andar y la joven le siguió temiendo caerse dentro del río.

Pasaron por detrás de la cascada y Gustav se felicitó al encontrarse con la galería.

—¡Perfecto, perfecto, el viejo no informó mal a Larry, todo concuerda, no hay ningún dato falso!

—¡Ah!

—¿Qué pasa?

—¡He metido los pies en el agua!

—Es verdad, aquí no hay andenes. Esta galería debe ser muy antigua.

Gustav apenas se había dado cuenta debido al tipo de calzado que llevaba y que le alzaba más de lo normal.

—Yo no sigo por aquí, yo no sigo. No voy a caminar por estas aguas llenas de detritos.

—Si no quieres seguirme, espera a que vuelva. —Y continuó andando.

—¡No tengo luz! —chilló Florence, a medio camino entre el sollozo y el histerismo.

Sin capacidad para maldecirse a sí misma por haber seguido a Gustav hasta allí, corrió tras él chapoteando en el agua para no quedarse a oscuras y rodeada de ratas.

—¿Qué pasa, no quieres esperarme?

—Es que no tengo linterna, podrías haberme dado una a mí.

—Sólo tengo una, podías habértela traído tú.

—¿Eso es gentileza alemana?

—Vamos, no es para tanto, luego te metes en la ducha y asunto resucito. Quizá mañana ya puedas estar hospedada en el mejor hotel de la ciudad y en la suite presidencial.

—Todavía no me has dicho lo que esperas encontrar.

Florence hubiera deseado empezar a gritar para desahogarse, mas comprendió que no ganaría nada con ello mientras esperaba que Gustav se explicase.

—Tú misma no dijiste en qué se basaba el tesoro, pero contaste que lo había.

—Alouette dijo que el viejo había hablado de un tesoro, nada más.

—Yo creí que tú lo sabías.

—¿Yo?

—Claro, no iba a contármelo Larry. Lo mejor será seguir adelante a ver qué encontramos.

—Mira, ahí está la reja.

—Pues, si el tesoro está detrás de esa reja... —Gustav se acercó dubitativo, tanteando los herrumbrosos barrotes con una de sus manos.

De pronto, de la impenetrable oscuridad que había al otro lado de los hierros, surgieron dos manos espectrales, unas manos que repelían, unas manos que atenazaban el cuello de Gustav.

—¡Florence! —gritó, ahogándose.

Mientras una de sus manos seguía agarrotada entre los barrotes siempre húmedos, la otra sostenía la linterna que movió, iluminando al ser que se hallaba al otro lado de la reja, aquel ser que había pasado sus manos entre los hierros para atrapar el cuello del joven alemán.

Florence tuvo la sensación de que se le helaba la sangre.

Aquel ser espectral era como una calavera con jirones de piel adheridos a los huesos, pellejos que colgaban a punto de desprenderse. Su boca, sin labios y mostrando algunos dientes, parecía sonreír de satisfacción y también las cuencas vacías de sus ojos tenían un brillo de vida, una vida extraña que se intuía más que se veía.

Aquel ser parecía haber escapado de catacumbas subterráneas olvidadas a través de los tiempos, seres que se negaban a desaparecer y que pese a estar muertos semejaban tener vida, algo que no encajaba en el análisis de la ciencia ortodoxa.

—¡Florence! —llamó Gustav en tono de auxilio, sintiendo que se le terminaba el aire.

La linterna se desprendió de su mano. Estuvo unos instantes encendida bajo las aguas negras y después se apagó.

Florence, paralizada por el terror, vio como aquel espectro que se negaba a dejar escapar a Gustav fosforescía de súbito, como si no le hiciera falta luz. Lo vio claramente en la oscuridad y, de pronto, junto a él, surgió otro rostro cadavérico y también fosforescente, de cabellos mucho más largos. Florence intuyó que era una mujer, una muerta que ansiaba volver a la vida.

—¡No, nooo! —gritó.

Echó a correr chapoteando sobre las aguas negras, corriendo de un lado a otro, dando tumbos y golpeándose contra las paredes, cayendo en las propias aguas fétidas mientras una voz que no era humana pero que hallaba eco en la galería la llamaba.

—¡Vuelve, vuelve y tendrás lo que deseas, vuelve y tendrás tu tesoro! ¡Vuelve! —insistía la voz quejumbrosa.

Al volverse, Florence vio con espanto que el espectro de la mujer había rebasado las rejas y avanzaba por el centro de la galería como sin tocar el agua. Iba tras ella para alcanzarla con sus manos.

—¡No, no, no! —gritó una y otra vez mientras corría desesperadamente.

Llegó a la cascada. Como no veía más que el espectro que la perseguía, al volver su cabeza cruzó la cascada y cayó a lo que podía considerarse un río de aguas hediondas.

Se hundió y volvió a salir, empujada por la corriente. Sin ver, nadó entre las ratas que buscaban la orilla al notar su presencia, pues estaban acostumbradas a que los humanos fueran siempre acompañados de luz.

—¡Vuelve, vuelve! —repetía lúgubre la voz que semejaba brotar de entre las grietas de las paredes de aquellas malditas cloacas.

Florence no quiso mirar hacia atrás. De pronto, descubrió unas luces que brillaban y comenzó a gritar y a manotear.

—¡Es una mujer! —exclamó una voz masculina.

Cuando se sintió cogida por los brazos, Florence, incapaz de aguantar más, perdió el conocimiento y se dejó llevar.

Atrás, en la oculta galería, quedaba Gustav atrapado por unas manos



asesinas que hedían a muerte, a muerte de mucho tiempo.

CAPITULO V

—¡A la policía, a la policía os denunciaré, drogadictos, más que drogadictos, estáis perdidos, hijos del infierno! —barbotaba la madame entre chillidos.

Larry y Alouette se la quedaron mirando perplejos, sin comprender nada, sintiéndose casi como dos niños recibiendo el rapapolvo de la directora de un centro escolar con más aires de hospicio público que de escuela liberal.

—¿Qué le ocurre, madame?

—¿Qué me ocurre?

Cogió su sombrero de paja tenida y se lo encasquetó con un gesto mecánico. Cruzó una larga aguja que le sujetó el sombrero al pelo y se colocó un abrigo impermeable.

Se dirigió a la puerta sorteando a los dos jóvenes como si éstos fueran un obstáculo. Ellos aún no comprendían la situación.

—¡Drogadictos, más que drogadictos! ¡Si viene la policía y hace un registro, como encuentre drogas en las habitaciones os echare a todos, a todos a la calle!

Se alejó dando un portazo.

Larry y Alouette se miraron a la cara y luego, ambos se encogieron de hombros, no entendían nada.

Margaret se asomó a la escalera, parecía haber estado escuchando desde arriba.

—Han llamado a la madame a declarar.

—¿Declarar, qué ha pasado? —inquirió Alouette.

—Parece que a Florence la han internado en el Hospital

General. Tendrán que avisar a sus familiares de Holanda para que vengan a buscarla.

—¿Un accidente de coche? —preguntó Larry.

—Iré al hospital a ver qué le ha ocurrido —musitó Alouette, preocupada.

—Voy contigo —dijo Larry.

—¿Y yo? —inquirió Margaret.

—Espera aquí, ya te llamaremos por teléfono.

Montados en la «Yamaha», se dirigieron al Hospital General.

Una vez allí, la enfermera de recepción, tras revisar varias listas y cuando Alouette y Larry ya se impacientaban, dijo:

—Está en la clínica de psiquiatría.

—¿Psiquiatría, seguro? —insistió Alouette. Esperaba que su amiga estuviera en urgencias de traumatología.

—Sí, aquí lo dice bien claro, psiquiatría. Será mejor que vuelvan mañana en la mañana salvo que sean familiares muy allegados.

—¿Dónde está psiquiatría?

—Aguarden aquí, llamaré a un auxiliar de clínica para que les acompañe, es de madrugada y hay muchas luces apagadas, pero ¿de verdad son familiares de la enferma?

—Soy su hermano —mintió Larry para que no les echaran.

—Entonces, tomen asiento en ese banco.

Diez minutos más tarde, un hombre vestido de gris y con andares pesados les observó de arriba abajo. Se volvió hacia la bien bregada enfermera de recepción y asintió con la cabeza. Volvió a encararse con los jóvenes y pidió:

—Síganme.

El auxiliar de clínica les precedió. Aquella zona del hospital estaba bastante silenciosa, aunque de vez en cuando se escuchaba la sirena de una ambulancia que arribaba a urgencias con una vida que se escapaba. La ciencia médica trataba de encadenarla a la lista de los vivos, lo que no siempre conseguía.

—Aunque no lo crean —comenzó a decir el auxiliar de clínica sin volverse hacia la pareja—, la clínica de psiquiatría es una de las que más urgencias recibe por la noche. Alcohólicos, drogadictos, suicidas, gente que revienta porque no puede aguantar más el tren de vida que lleva...

—¿Sabe si la enferma está grave?

A la pregunta de Alouette, el auxiliar de clínica, que había pasado michos lustros de su vida allí, se encogió de hombros.

—No lo sé, ¿Tomaba drogas?

—No, no, creo que no.

—¿Cree? A veces, los familiares ignoran que conviven con un drogadicto. El alcohol se nota más pero, al final, todos quedan hechos una mierda. Si drogadictos y alcohólicos se pasaran algunas madrugadas en la clínica de psiquiatría de este hospital, seguro que se les quitaban las ganas de beber o drogarse.

A derecha c izquierda podían escucharse toses, algún rumor ininteligible de alguien que rezaba o sollozaba. Era difícil adivinar lo que sucedía tras cada una de las puertas que rebasaban.

Dos veces tuvieron que hacerse a un lado para dejar pasar camillas en las que transportaban cuerpos humanos. Uno de ellos, sin duda una mujer por la pronunciación de sus senos que quedaban moldeados por la sábana que la cubría, estaba muerta. En el suelo enlosado iba quedando un goteo de sangre sin que el camillero se preocupase de él. Allí, la muerte iba y venía.

El auxiliar de clínica les hizo sentar en otro banco de una sala de espera. Habían llegado a la clínica de psiquiatría, ubicada en lo que podían considerarse los sótanos del hospital.

—Aguarden aquí.

El empleado cruzó una puerta que le abrieron desde el otro lado tras dar unos golpecitos y mostrar su rostro. Los cristales de las ventanillas de la puerta estaban reforzados con alambre.

La puerta se cerró. Pasaron unos minutos durante los cuales Alouette se estremeció dos veces al escuchar unos gritos espeluznantes, como si estuvieran aguardando en la antesala de una cámara de tortura. Allí, las víctimas se sentían torturadas por el caos de sus mentes alucinadas, desequilibradas o atrofiadas por drogas, incluido el alcohol que tan pródigamente se vendía en el país.

No tardó en aparecer un hombre joven, de barba recortada. No iba de blanco, vestía pantalones y jersey como el propio Larry.

—¿Es usted el hermano de la enferma? —preguntó, leyendo una hoja que llevaba en la mano.

Larry juzgó obligado decir la verdad.

—No soy hermano, vivimos en la misma residencia.

—Somos sus compañeros —aclaró Alouette.

El psiquiatra vaciló.

—Me han dicho que eran parientes.

—Como si lo fuéramos. Ella es extranjera y yo también —puntualizó Larry.

—Si es así —concedió el médico, al ver que le iban con la verdad por delante—. Su compañera sufre un ataque de enajenación mental, para hablar con términos claros y sencillos.

—¿Cómo ha podido ser? —preguntó Alouette.

—Ha sido recogida en el interior del alcantarillado general, ha estado a punto de ahogarse en las aguas negras. Unos funcionarios de cloacas la han descubierto y la han salvado, su estado era lamentable, al llegar a este centro ha sido duchada por las enfermeras de guardia y le han sido inyectados unos combinados de antibióticos para prevenir infecciones. Le han sido lavados los ojos, los oídos, la vagina e incluso el estómago por lo que haya podido tragar. No se sabe nunca lo que le podría ocurrir sin tomar todas estas medidas.

—Estará aplastada con ese tratamiento intensivo.

—Sí, hasta mañana no podremos ver su caso con tranquilidad. Ahora se le ha aplicado un sedante.

—¿Eso es todo? —preguntó Larry.

—No, no es todo. Tras los análisis de primera urgencia puedo decirles que no estaba intoxicada por alcohol ni drogas, simplemente ha sufrido un ataque de enajenación mental, ignoramos cómo se metió en las cloacas. Se ha dado parte a la policía por si sucede algo grave. La joven no presenta señales de violencia salvo algunas erosiones propias de haberse rozado contra las paredes del alcantarillado al correr sin luz. ¿Saben ustedes por qué iba por la alcantarilla?

Alouette denegó con la cabeza. Larry inquirió:

—¿Ella ha podido decir algo?

—Lo poco que ha gritado es que había muertos asesinos; hablaba de un tesoro y de que al führer lo han estrangulado. ¿Les dice algo todo esto?

Alouette parpadeó, incrédula. Larry, sin responder, pidió:

—¿Podemos verla?

—No siendo parientes —volvió a vacilar el médico—. Bueno, sólo un minuto. ¿Conocen ustedes a su familia?

—Si —asintió Alouette.

—Después de calibrar su caso, será mejor que se la lleven a una clínica particular a su país de origen. ¿Es holandesa, verdad?

—Sí —asintió Alouette.

—La terapia de grupo es la mejor y si la clínica es pequeña, me refiero a pocos enfermos, siempre se obtienen mayores curaciones, pocos enfermos y mucho espacio. Desgraciadamente, en los hospitales ciudadanos, la psiquiatría poco puede curar, los enfermos se sienten como enjaulados.

El joven médico les condujo a una sala de mujeres equipada con doce camas. Tenía una puerta de seguridad y dentro había una garita encristalada en la que una enfermera leía una novela. Al alcance de su mano tenía un teléfono de llamada luminosa y un timbre rojo que debía pulsar si se presentaba una situación de peligro que ella se viera incapaz de controlar.

El doctor abrió la puerta y penetraron en la sala. La enfermera salió a recibirles y, sin decir nada, se puso cerca del doctor por si éste le pedía algo.

Florence yacía en una cama entre unos biombos de tela. Estaba tan pálida que semejaba muerta. Tenía los brazos sujetos con vendas a los lados de la cama para que no pudiera incorporarse bruscamente y parecía dormir.

—Dormirá durante ocho o diez horas, eso le hará bien —expuso el psiquiatra.

La enfermera observó a Larry sin hacer preguntas.

Sin embargo, el médico se equivocaba. El cuerpo extremadamente delgado de Florence se agitó, abrió mucho los ojos y comenzó a gritar:

—¡No, auxilio, no me mates, no, vete, vete!

La enfermera miró al doctor como esperando instrucciones mientras dos pacientes más de la sala, contagiadas por los gritos de terror de Florence, chillaban a su vez.

Alouette tuvo la sensación de que se volvía loca ella y tuvo que taparse los oídos.

De pronto, Florence descubrió al joven inglés y agitó sus brazos como queriendo tenderlos hacia él.

—¡Larry, Larry, no dejes que me maten, no dejes que me maten! Ya atraparon al führer y lo estrangularon en las rejas. Dios mío, Larry, no les dejes, no les dejes...

Sollozó desesperadamente mientras Larry se inclinaba sobre ella y le acariciaba los cabellos. Poco a poco, la tensión disminuyó y Florence se durmió.

—Será mejor que la dejemos descansar. Su cabeza está en un mar de confusiones, ya lo han comprobado.

Poco después, sombríos y apesadumbrados, abandonaban el hospital. Subieron a la moto y en vez de regresar a la residencia, Larry se dirigió a la

discoteca La Gruta.

—¿Llamamos a Margaret? —preguntó Alouette.

—No corre prisa, ya hablaremos con ella cuando regresemos a la residencia dentro de un rato. No nos vendrá mal un poco de música y un trago.

—Sí, creo que sí. ¿Qué habrá querido decir Florence con eso de que han matado al führer?

—No sé, pero a Gustav le llamabais führer, ¿no?

—Sí, pero...

Calló y ambos penetraron en la discoteca que tendría menos de la mitad de la clientela precisa para llenar el local.

Se acercaron al mostrador y les recibió aquel monje que llevaba careta de calavera. De pronto, Larry se lo quedó mirando con fijeza y espetó:

—No me gustas, hueles mal.

El extraño servidor del mostrador rió entre dientes sin responder. Larry y Alouette cogieron sus respectivos vasos y, de pronto, Alouette señaló una de las mesas.

—Allí está Gustav.

—Ah, sí. ¿Sabrá él lo que le ha ocurrido a Florence?

—Ahora se lo diremos.

Se acercaron a la mesa en la que estaba Gustav con expresión ausente. Lo saludaron y el joven no respondió, ni siquiera les miró: parecía absorto.

—Gustav, ¿sabes lo que le ha pasado a Florence? —preguntó Alouette.

Gustav les miró como si no les conociera, primero a uno y luego al otro. Se levantó de la mesa y se alejó hacia una puerta que no era la salida.

—¿Qué le pasa a Gustav? —musitó la muchacha, perpleja—. ¿Se habrá vuelto loco?

—No sé si se ha vuelto loco o no, pero te juro que huele mal, muy mal, no se puede soportar, desprende un hedor a podrido y es raro en Gustav, un maniático de la limpieza.

—Es verdad, todo aquí huele mal, ahora me doy cuenta. —Frunció la nariz, molesta—. O el local está podrido o los que venimos aquí no nos lavamos en años.

CAPITULO VI

Margaret, la pecosa australiana, había dado muchas vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Estaba sola en la habitación de tres camas. Terminó levantándose tras encender el flexor que tenia sobre la mesita y miró la hora en su pequeño reloj de pulsera.

Cogió una bata corta y salió de la alcoba. Pasó al rellano y miró por encima de la baranda. Sólo estaba encendida la luz del vestíbulo. El resto de las habitaciones permanecían cerradas, incluso podían oírse algunos ronquidos.

Decidió bajar al piso inferior. Llegó hasta la puerta trece y llamó con los nudillos.

Se abrió la puerta y Bruno se la quedó mirando.

—Hola. ¿El calor no te deja dormir?

—¿El calor? —repitió, sorprendida por la pregunta.

—Sí, el calor de...

—No seas idiota. ¿Están los demás?

—Pasa.

Margaret entró en el cuarto y comprobó que las otras dos camas se hallaban vacías. Bruno también tenía la luz del flexor encendida sobre su lecho donde había varias revistas abiertas.

Eran revistas con grandes fotografías a color, de las que podían adquirirse en las sex-shops por más o menos diez francos cada una.

—¿Calentándote el sexo?

—Mira, mira, son hombres.

—Hum, no sabía que fueras un mariposón.

—¿Yo un gay? Vamos, tú eres tonta. Mira, ¿es que no me reconoces?

Margaret descubrió entonces cuál era el medio de Bruno para obtener los francos que la madame le reclamaba por hospedarse en la residencia.

El muchacho aparecía en las fotos en completos pelos y en distintas posturas. Podía admirársele un buen tórax y unas caderas estrechas. Bruno se veía arrogante, satisfecho de su musculatura. Sonreía y parecía incitar al lector de la revista.

—De modo que eres todo un sex-symbol.

—No estoy mal, ¿eh?

—Lo que eres es un narciso, me parece que estás enamorado de ti mismo.

—Bah, no será tanto. Soy guapo y, ya ves, me pagan por posar. No creas, me piden para posar en distintos lugares y hasta me han propuesto rodar una película. Haría un buen papel como actor, ¿no crees?

—¿Películas cochón?

—Pues, no te vayas a creer que trabajan gratis en esas películas. Además de pasárselo bien, cobran sus buenos francos.

—Me das pena, Bruno.
—¿Pena? Pues bien que se venden las revistas, sino no me pagarían.
—Serán para obsesos.
—¿Obsesos, y por qué no obsesas?
—Porque tú sabes perfectamente que esas revistas de desnudos masculinos las compran los gay y si miran tus fotos, buscan tu trasero y no tus gemelos.
Bruno, irritado por aquella observación, tomó a Margaret por la cintura y la empujó contra la cama.
Se inclinó sobre ella, impidiéndole escapar, y la desafió.
—Anda, grita, grita lo que quieras.
—¡Suéltame, idiota!
—No, no, hasta que pruebes lo que has venido a buscar, encanto.
—¡No!
Margaret no se atrevió a chillar y cuando Bruno se apartó de ella, quedó tumbada y humillada sobre las propias revistas que había repudiado.
—No me digas que no lo has pasado bien, ¿eh? —se rió Bruno.
Obviamente, Margaret no lo había pasado bien. Ella consideraba aquel asalto como una violación, una violación casi doméstica, entre amistades, pero violación al fin y al cabo.
Se levanto despacio y disparó una bofetada sobre la cara de Bruno que éste tuvo que encajar, cogido por sorpresa.
—¡Ojalá te pudras vivo, maricón!
De pronto, Bruno se sintió mal consigo mismo.
Margaret abandonó la estancia, el hombre recordó que no sabía a lo que ella había bajado y abrió de nuevo la puerta, pero ya la muchacha había desaparecido en el piso alto, metiéndose en la ducha que había en el propio rellano.
—Soy un imbécil —se dijo para sí—. Ella no es como las chicas del estudio de modelos...
Su indigna y canallesca acción ya no tenía remedio. Tuvo la sensación de que en el cuarto se sentiría mal, pensando en Margaret, y calzándose unos pantalones y poniéndose encima una chaqueta de cuero, abandonó al cuarto. Salió a la calle dándose cuenta de que hacía más frío del que había supuesto.
Bruno no tenía coche como Gustav ni una potente moto como Larry. Metió las manos en los bolsillos y echó a andar por las calles casi desiertas en la madrugada de la gran ciudad.
Pensó que Margaret no contaría a nadie que él la había violado y lo más desgraciado para él es que con tal acción no había obtenido el más mínimo placer. Todo había sucedido muy aprisa y sin que la muchacha colaborase, aunque también era cierto que no había luchado. Quizá Margaret había seguido el consejo de no defenderse para resultar lo más mínimamente dañada en el ataque físico del que era objeto.
Caminando sin rumbo en apariencia, aunque sí lo llevaba, casi veinte

minutos más tarde llegó a La Gruta.

Aquel lugar le atraía. Era discreto y no resultaba caro como los grandes locales reconocidos por todo el mundo.

En la discoteca no descubrió a Larry ni a Alouette. Pasó entre las mesas y se fue directo al mostrador. Allí el servidor, con su sayal de monje y su tétrica careta de calavera, le atendió.

—Dame un «cubata» con doble de ginebra.

Había comenzado a beber en el propio mostrador cuando descubrió a Gustav que se había acercado también.

—Hola, führer —le palmeó la espalda. Gustav le miró y Bruno quedó perplejo—. Oye, ¿qué te pasa, te has fumado algún «porrete»? Tienes la mirada extraviada.

—Sígueme —le ordenó más que pidió Gustav.

Bruno, con su vaso de cuba libre con doble de ginebra en la mano, fue tras él.

Cruzaron una puerta que no estaba lejos del mostrador.

Se encontraron con un pasillo corto y Gustav, que iba delante, sin mirar a Bruno, abrió una segunda puerta y se enfrentó con unas escaleras descendentes.

—Vaya, hay una ratonera dentro de la discoteca, ¿eh? ¿Consumo de drogas o camas redondas? —preguntó Bruno, jocoso.

Gustav continuó descendiendo sin responderle. Bruno observó que ahora las paredes no eran de ladrillo sino de piedras muy antiguas.

Al llegar frente a una puerta de aspecto muy sólido, de plancha de hierro muy antigua, Gustav, que no había dicho en todo el tiempo más que «sígueme», dio unas palmadas sobre la puerta y aguardó.

—La contraseña, ¿eh, pillo? Y yo que creía que eras una cabeza cuadrada sólo apto para números y hacer la puñeta al prójimo...

Se oyó con claridad el chasquido de cerrojo desde el otro lado. La puerta giró sobre sus goznes, chirriando fuertemente.

Una vaharada de humedad y un gran hedor abofeteó el rostro de Bruno, metiéndose en su cuerpo, inundándole los pulmones. Al propio tiempo, Bruno experimentó una gran sensación de frío.

Mecánicamente, dio un par de pasos y quedó dentro de aquella especie de sala doblemente subterránea, ya que la propia discoteca estaba por debajo del nivel de la calle.

Observó que el suelo era de tierra y estaba húmedo. Quedó perplejo ante aquella gran sala de la que no tenía noticias.

A nivel de la tierra había tumbas, sí, tumbas, como si fuera un cementerio olvidado bajo las edificaciones. No tenían lápidas pero eran tumbas, no le cabía duda alguna.

Había piedras y sobre éstas permanecían sentados unos extraños y silenciosos personajes, hombres y mujeres. Cada uno de ellos estaba junto a una de las sepulturas y había más tumbas que seres vivos.

A la cabecera de cada tumba había un gran cirio rojo, grueso como el brazo del italiano. Lo que diferenciaba a unos cirios de otros es que unos eran más cortos que otros.

Bruno se dio cuenta inmediatamente de que sólo tenían cirios las tumbas junto a las cuales había un hombre o una mujer, jóvenes en su mayor parte, aunque también los había maduros.

—¿Qué significa esto, Gustav, a qué se juega aquí?

—Al juego de la vida y de la muerte.

Se acercó a una de las tumbas que tenia cirio y éste, de forma sorprendente, se encendió.

—Bueno, ¿esto es cachondeo o qué?

Bruno avanzó entre las tumbas, por entre aquellos personajes quietos y expectantes. De pronto, identificó a uno de ellos.

—Tú, tú eres el viejo que murió...

—No estoy muerto ahora —contestó con voz profunda. Señaló su cirio y explicó—: Tengo vida por muchos artos. El que está muerto es el que poseía antes este cuerpo.

—Todos estamos vivos —dijeron a coro; luego añadieron—: Todos estamos muertos.

—Oye, führer, führer —dijo acercándose nervioso mientras buscaba un cigarrillo en sus bolsillos. Recordó de pronto que a Gustav le molestaba que le llamaran führer y cabeza cuadrada y rectificó—: Gustav, Gustav, todo esto, ¿qué significa?

—Gustav ha muerto. Yo ocupo el cuerpo de Gustav.

—Déjate de bobadas. Aquí os dais el «viaje», ¿eh? ¿Heroína? No. no creo que sea heroína... ¿Cocaína? Tampoco, estáis demasiado apáticos y la cocaína es un euforizante. ¿Qué tomáis? Seguro que será una de esas malditas mezclas que sientan como un petardo en las tripas, por eso se os ha puesto esa voz que da pena.

Bruno consiguió llevarse un cigarrillo a los labios y prenderle fuego, se había puesto muy nervioso. No le gustaban aquellas miradas fijas centradas en él ni la puerta de hierro cerrada. No conocía el significado de los cirios rojos ni lo que hacían aquellos tipos, mujeres incluidas, sentados en las piedras junto a las tumbas.

—En fin, si no entro en el juego, me largo.

Se acercó a la puerta y alzó una mano hacía los cerrojos, más no consiguió abrirlos.

—Diablos, aquí falta una llave. —Se volvió hacia los que estaban junto a las sepulturas—. Vamos, la llave. ¿Quién tiene la llave y le pago un cubata?

Se dio cuenta de que aún tenía el vaso en la mano, con la mitad del contenido y se lo tomó. Chasqueó la lengua y dijo:

—Se terminó la broma y ahora, el guapo que tenga la llave que abra, yo me las piro. Este juego me parece muy soso y bastante macabro.

—Ya no te puedes ir —advirtió Gustav.

—¿Ah, no, quién me lo va a impedir? —le preguntó desafiante.

—La puerta —replicó Gustav sencillamente.

—¿La puerta? Ah, sí, claro. —Volvió a forcejear con ella, sin conseguir resultados positivos—. Está bien, está bien, pero ya me he cansado de bromas.

Observó que había otra puerta, ésta de rejas, y se acercó a ella. Estaba en la parte opuesta de aquel cementerio oculto bajo la discoteca.

La puerta enrejada, que conducía a una galería por la que se iban las aguas negras de la edificación bajo la cual estaban, tampoco cedió.

—Es inútil, no podrás irte —sentenció Gustav.

Bruno, agotada su paciencia, fue hacia Gustav y lo cogió por el cuello de la chaqueta tratando de sacudirlo. Inesperadamente, Gustav le mordió en la diestra, con una furia tal que Bruno se echó hacia atrás, llevándose la zurda a la mano herida. Comprobó que había sido objeto de una feroz mordida.

—¡Hijo puta! —barbotó en medio del dolor.

De pronto, los demás hombres y mujeres que allí estaban, como formando grupo de intenciones, abrieron sus respectivas bocas en actitud amenazadora.

Bruno, chorreando sangre por la diestra, retrocedió tambaleante un par de pasos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que todos aquellos seres le eran hostiles. Eran seres distintos a él; no sabía explicar por qué, pero estaba ya seguro de que él no tenía nada que ver con ellos, ni siquiera con Gustav al que ya no reconocía pese a tener el aspecto físico de siempre.

Tuvo la impresión de que no eran hombres ni mujeres sino fieras diabólicas. Retrocedió hasta que su espalda tocó una de las paredes pétreas que cercaban y ocultaban aquel cementerio olvidado bajo los cimientos de la discoteca underground.

—Nosotros vivimos el tiempo que ha de vivir el cuerpo que tomamos y luego regresamos a la tumba en espera de que aparezca otro cuerpo que tomar —explicó Gustav cuyos labios estaban sucios de la sangre de Bruno.

—¡No me vais a liar con esos cuentos, estáis drogados, por eso os comportáis así!

—Tu cuerpo será tomado y tú desaparecerás bajo la tierra de una de esas tumbas donde ya hay huesos de quienes te han precedido. Sólo los que fuimos traídos aquí por malditos podemos volver a vivir aunque sea el tiempo de vida que tenía fijado quien nos cede su cuerpo, una vida que no conocemos hasta que se ha invadido ese cuerpo. No deja de ser una sorpresa para nosotros, por eso preferimos hombres y mujeres jóvenes.

Bruno no lograba entender lo que le explicaban. El era un hombre cargado de vitalidad que jamás se había interesado por hermetismos, espiritismos ni nada por el estilo.

Siempre se había reído de las películas y narraciones de terror; sin embargo, ahora estaba allí con los omoplatos pegados a los muros pétreos y

húmedos, viendo a todos aquellos seres que aseguraban ser muertos vivientes. Tenía que ser una broma, una broma macabra, no podía ser otra cosa.

De pronto, la tierra de una de las tumbas junto a la que no había nadie sentado comenzó a removerse. Todos miraron hacia ella.

Bruno vio con horror que entre aquella tierra que oscilaba aparecían unos dedos esqueléticos que se fueron abriendo paso. Tras los dedos surgieron las manos.

El cadáver que se resistía a permanecer bajo tierra en tranquilidad eterna se abrió paso apartando la tierra a derecha e izquierda hasta que apareció el rostro exangüe.

Al ver aquella calavera de cuencas vacías, Bruno dejó de pensar que lodo era una broma.

En aquellos instantes supo lo que era el terror al ver salir de su tumba aquel cadáver cuya existencia poco antes desconocía. Ignoraba de quién se trataba, no había nombres en el cabezal de la tumba. Al mismo tiempo que el cadáver brotaba de la fosa como una maldición, el hedor se hizo más fuerte, insoportable.

El espectro pascó sus ojos vacíos en derredor y terminó encarándose con Bruno como si pudiera verle. Avanzó hacia el joven que echó a correr huyendo de la visión aterradora de aquel ser todo huesos y jirones de piel, con cabellos lacios, blancos y terrosos, todavía pegados al cráneo.

Nadie se movió y el espectro que deseaba, que exigía la vida, el cuerpo de Bruno, le siguió despacio, con tranquilidad, sabiendo que el italiano no iba a escapar.

Bruno, comprendiendo que estaba en una ratonera diabólica, arremetió contra la puerta de hierro golpeándola furiosamente. La puerta no cedía mientras el cadáver se acercaba hasta darle alcance.

El joven se revolvió contra el espectro que pretendía arrebatarle la vida para gozarla él aunque fuera en un mundo nocturno y no lejos de su tumba, a la que todos parecían atados por un lazo invisible, pues cuando la muerte llegaba, debían regresar a ella y aguardar.

Se abalanzó contra el espectro y le dio la impresión de que se estrellaba contra un mundo hediondo pero granítico.

Las manos esqueléticas apresaron el cuello de Bruno y comenzaron a estrangularlo. El joven se debatió inútilmente, aquel ser estaba dotado de una fuerza demoníaca.

Mientras era aplastado contra aquel cuerpo frío, repugnante, recién brotado de la sepultura, sentía que las rodillas se le doblaban, que su vida escapaba a manos de aquel ser que se la robaba violentamente.

Los ojos se le fueron agrandando mientras, poco a poco, se le vidriaban. Jamás pudo llegar a imaginar que acabaría de aquella forma.

CAPITULO VII

Ignorantes de lo que había ocurrido a Bruno, Larry y Alouette regresaron a la Residencia Martin.

Subieron por la escalera y Larry la acompañó hasta el piso segundo. Allí, ante la puerta veintitrés, se detuvieron. Estaban casi a oscuras, sólo llegaba una ligera penumbra que provenía de la bombilla del vestíbulo, una bombilla de escasa potencia que permanecía toda la noche encendida, de lo cual la madame se lamentaba muchas veces.

—¿Qué está ocurriendo, Larry?

—No lo sé —respondió él con sinceridad.

Alouette sintió que las manos del hombre se posaban sobre sus caderas y no hizo ningún gesto para desprenderse de ellas. Se sentía bien así, cogida por sus bien torneadas caderas.

—¿Crees que se refería a Gustav cuando hablaba del führer?

—Florence padece un desequilibrio mental y a Gustav, ambos le hemos visto en La Gruta.

—Sí, pero estaba muy raro.

—De estar raro a estar muerto hay bastante diferencia, ¿no crees? —le preguntó burlón, como si hablara con una niña.

—No me gusta todo esto, no me gusta. Todo comenzó con el viejo Jean Boubane y su extraña y horrible muerte: ahora, Florence...

—Sí, es extraña, pero ¿qué puede tener que ver una cosa con la otra?

—Ya has visto que ella estaba en las cloacas y habla de un tesoro.

—Si Florence no sabía nada...

—Larry, Larry. —Apoyó su cara contra el tórax masculino notando que aplastaba sus pechos contra el hombre—. Si lo sabía.

—¿Lo sabía?

—Yo se lo dije.

—¿Tu, no dijiste que serias discreta?

—Fue después de una pesadilla, Florence y Margaret me ayudaron a salir de ella y fue cuando les contó lo que había pasado con el viejo Boubane.

—¿Crees que ella fue & la cloacas en busca del hipotético tesoro del que habló el viejo?

—Sola me parece increíble, pero si iba acompañada...

—¿De Gustav?

—Pudo contárselo a él.

—Pero, ¿cómo saber dónde buscar?

—No sé.

—¡Espera! —exclamó de pronto Larry, como dándose cuenta de algo en lo que no había reparado con anterioridad.

—¿Qué pasa?

—Voy a mi cuarto.

—Te acompaño.

Descendieron al piso inferior y entraron en el dormitorio que estaba vacío. Miraron la cama de Gustav y Larry observó:

—No se ha deshecho.

—La de Bruno sí y mira, hay revistas.

—Sí, revistas sexy.

—¡Si es Bruno! —exclamó Alouette descubriendo de inmediato una de las fotografías.

—No me extraña —rezongó Larry.

—No había contado que fuera modelo fotográfico de revistas sexy.

—Hay muchos que para ganarse unos francos recurren a esos estudios, supongo que no será nada agradable —opinó Larry.

Se acercó a su cama, abrió el cajón de la mesita y examinó con cuidado sus papeles. Al fin, dijo:

—Han estado buscando aquí.

—¿Si?

—Han tratado de dejarlo todo igual pero no han dejado el plano en la misma página del libro en que estaba, lo sé porque es una lección que estudiaba.

—¿Supones que han espiado tu plano?

—Sí, seguro.

—¿Gustav o Florence?

—Cualquiera de los dos ha podido hacerlo.

—Entonces, ¿crees que Florence se metió en las cloacas buscando el tesoro del que le hablé?

—Posiblemente.

—En ese caso, yo tengo la culpa.

—Vamos, vamos, tú no tienes culpa de nada. —La estrechó entre sus brazos—. Florence pudo dejarse llevar por la codicia y una vez en la oscuridad de las cloacas, se asustó y emprendió una alocada huida. Debió ser cuando la encontraron y por suerte, con vida; seguro que se repondrá.

—¿Tú crees? La he visto muy mal.

—Cuando regrese a Holanda con su familia olvidará lo que le ha ocurrido aquí.

—Ojalá sea así, de lo contrario sentiría remordimientos.

—Métete en la cabeza que no tienes la culpa. Quizá estamos inflando demasiado todo este asunto; posiblemente no hay tesoro alguno en las cloacas porque si lo hubiera, ya lo habría tomado el propio Jean Boubane.

—Pudo tener miedo.

—¿De qué?

—De quienes le asesinaron.

—Es todo tan fantástico... Hablaré con Gustav cuando vuelva.

—¿Qué le dirás?

—Le preguntaré si conocía las intenciones de Florence.

—¿Y si lo niega?

—No puedo creer que Florence se metiera sola en las cloacas.

—Pudo acompañarla Bruno.

—Se lo preguntaré a los dos, el caso es que Florence sólo hablaba del führer y así es como llamáis a Gustav.

—Tú mismo has dicho que no había que hacer demasiado caso de la palabras de

Florence, su mente es un caos.

Larry le acarició los cabellos. Al oído, casi en un runruneo, le dijo:

—Debes dormir. Mañana, a la luz del día, verás las cosas distintas. La noche agranda los miedos hasta distorsionarlos, alejándose de la realidad para dejar paso a las fantasías.

—Larry, Larry, lo que vimos en la buhardilla de Jean Boubane no era una fantasía.

—Verás cómo la policía encontrará una explicación a su muerte. Tú y yo debemos permanecer al margen de todo esto, sólo somos espectadores.

Le acarició la mejilla con el pelo de su barba. Le alzó el rostro y la besó en los labios con suavidad. Como si el hombre fuera la salvación para la tormenta de sus pensamientos, Alouette se entregó a las caricias labiales.

Notó que las manos de Larry se movían a lo largo de su cuerpo y tuvo conciencia de que ella iba cediendo más y más, que cualquier posible resistencia se esfumaba, disolviéndose en el aire.

Tenía deseos de él, de que la hiciera suya, tenía deseos de sentir su piel contra la de él y la presión del cuerpo de Larry contra el suyo.

—No, Larry, ahora no, te lo suplico, ahora no.

—¿Por qué ahora no? —le preguntó él con voz ronca sin interrumpir las caricias que le prodigaba, moldeando con sus manos los turgentes pechos de la mujer que se encendían bajo sus caricias.

—Pueden venir...

—No se espantarán, una pareja que se ama es lo más natural del mundo.

—No, Larry, me daría mucha vergüenza que nos sorprendieran, por favor.

—¿Es que no me deseas como yo a ti?

—Sí, te deseo, pero habrá otro momento mejor, te lo prometo.

Larry comprendió que ella tenía razón y tuvo que doblegar sus fuertes ansias de amor. La soltó con suavidad, sin aspereza, con la esperanza de reanudar en otro instante lo que entonces quedaba interrumpido.

—Esperaré, Alouette, esperaré.

—Gracias por tu comprensión.

Aquélla no era una noche idónea para el amor después de haber estado en la clínica de psiquiatría del Hospital General donde fuera internada la jovial Florence. Apenas unas horas antes era imposible pensar en el caos mental en el que iba a sumirse.

Alouette ascendió al piso tras despedirse de Larry con un beso en la boca, un beso en el que había agradecimiento por la atención que él había prestado a sus ruegos cuando ella misma ya se consideraba sin fuerzas para resistir. Mas, estaba segura de que luego no se habría sentido plenamente satisfecha de aquella experiencia amorosa de haberse producido. Si llegaba a unirse en cuerpo y alma a Larry, deseaba poder recordarlo siempre como lo mejor de su vida.

Subió a su habitación. Introdujo el llavín en la cerradura y se franqueó la puerta con sigilo para no despertar a su compañera.

La habitación estaba a oscuras, sólo entraba la débil claridad que les proporcionaba una farola de la calle.

Se dirigió a su cama tras dar un vistazo a la de Margaret. De pronto, tuvo la sensación de que la joven que se hallaba de espaldas a ella no dormía.

—¿Cómo está Florence? —preguntó Margaret de pronto, sin volverse.

—¿Te he despertado?

—No, no. Puedes encender tu luz si quieres, no me molesta.

Alouette la encendió y se acercó a Margaret para decirle:

—Florence está grave. La han encontrado en las cloacas y sufre una fuerte enajenación mental, confiemos que pasajera.

—Pobre Florence, ¿quién lo iba a decir?

Alouette quedó un poco perpleja al advertir que Margaret continuaba sin volverse.

—¿Te ocurre algo?

—Déjame, déjame dormir.

—Si estabas despierta... ¿Qué te ha pasado?

Como no pudiendo resistir más, Margaret se convulsionó en sollozos que en vano intentaba controlar.

—¿Qué ha pasado, Margaret? Cuéntamelo.

—No, no, déjame—suplicó.

Trató de acercársele amistosamente; Margaret no cedió en su actitud y Alouette optó por retirarse hacia su cama, comprobando a distancia que los sollozos de Margaret cedían. Después de la crisis, no tardaría en dormirse. Le extrañó su actitud que no parecía tener nada que ver con lo ocurrido a Florence, pero respetó su intimidad.

Alouette trató de dormirse, cosa que no logró fácilmente.

En su mente se entremezclaban los últimos sucesos vividos, la muerte de Jean Boubane, la aparición de Larry en su vida, Florence en la clínica psiquiátrica y los últimos instantes vividos en brazos de Larry.

Al fin, su pensamiento dejó de ser consciente para sumirse en un mundo macabro donde los espectros danzaban a su alrededor y ella sólo hacía que llamar a Larry sin que la voz saliera de su garganta.

CAPITULO VIII

Cuando Larry se levantó por la mañana, se extrañó al comprobar que las camas de Gustav y Bruno seguían igual que la madrugada anterior: no habían sido utilizadas.

Fue al baño que estaba en el mismo rellano y tras darse un duchazo se vistió y salió a la calle. Tuvo un pensamiento para Alouette y se dijo que luego almorzaría con ella. Era posible que la joven estuviera durmiendo profundamente y era preferible no molestarla.

Se acercó a un quiosco y compró un mapa pequeño del centro de la ciudad.

Se sentó en la terraza de una cafetería pese a que el día era algo frío y pidió chocolate con nata y dos croissants. Mientras le preparaban el desayuno, desplegó el mapa y, al propio tiempo, sacó de su bolsillo el plano que él se había confeccionado siguiendo las indicaciones del viejo Boubane.

Comenzó a marcar en el mapa las calles con un rotulador azul y así fue trazando unas líneas que equivalían a las líneas del alcantarillado de su plano. Observó que en el centro de la ciudad vieja había galerías de alcantarillado que no pasaban por el centro de la calle sino por debajo de los edificios y ello se debía, posiblemente, a remodelaciones sufridas por el barrio tiempo atrás.

—Bueno, aquí debe ser.

—¿El qué, monsieur? —preguntó el camarero.

—Nada, nada, póngalo aquí —le dijo indicando un canto de la mesa tras retirar un poco el mapa.

Con el acento inglés que tenía y el mapa desplegado, el camarero le tomó por un turista más de los que a lo largo de todo el año visitaban la gran ciudad.

—Ya lo tengo... Se puede llegar a este punto... ¡Diablas! —exclamó de pronto, fijando su vista en la línea pequeña del mapa que delataba la existencia de una calle pequeña y luego, una amplia área edificada.

—Esto son los almacenes de mercancías y aquí está La Gruta...

Se había dado cuenta de pronto de que la discoteca tenía una relación muy estrecha con la galería enrejada de que le hablara el viejo Jean Boubane.

—Buenos días, Larry.

Alzó la mirada.

—¡Alouette!

—Te he visto desde la ventana y vengo a desayunar contigo.

—Magnifico. ¿Cómo has dormido?

—Mal. muy mal.

—¿Por mi culpa? —preguntó mirándola a los ojos, ignorando a la gente que pasaba cerca de ellos por la acera, bajo un cielo gris.

—No, tú eras la parte buena de mis pesadillas.

—Menos mal. Ahora que ya has despertado, puedes empezar a comer de mi desayuno, es abundante. Cuándo se acerque el camarero, pediremos más.

—No tengo apetito.

—Vamos, vamos, no querrás que te moje el croissant en chocolate y te lo meta en la boquita, ¿verdad?

—Me tratas como a una niña —protestó la joven sin demasiada fuerza —. ¿Estás buscando monumentos?

—Estoy siguiendo el plano de las cloacas para centrarlo en el de la ciudad y ¿a que no adivinas lo que he descubierto?

—Pues, no caigo.

—El lugar donde según el viejo que murió se halla el tesoro y también el peligro, queda justo debajo de la discoteca La Gruta.

—¿De veras?

—Si, por eso el viejo fue allí aquella noche, entrando por arriba.

—¿Quieres decir que la discoteca tiene que ver con lo que pueda existir en su subsuelo?

—Creo que sí.

—Entonces, tendrá un propietario.

—Se supone.

—¿Piensas decírselo para que saque el tesoro?

—No, no me importa tanto el tesoro, quizá no lo haya y sólo sea un cebo.

—¿Un cebo, para qué?

—Para que los buscadores de tesoros acudan allá. El buscador de tesoros suele ser un sujeto individualista que no hace partícipe de sus intenciones a nadie salvo excepciones en que se montan sociedades anónimas y se venden acciones para sufragar los gastos que ocasione rescatar un tesoro depositado en el fondo de los océanos, por ejemplo, pero eso no es lo normal entre los aventureros que buscan tesoros.

—¿Y qué puede pasar en esa alcantarilla?

—No lo sé.

—¿Piensas averiguarlo?

—Sí, ahora no podría dormir tranquilo hasta hallar la solución. Estoy convencido de que algo muy desagradable ocurre allá abajo.

—¿Y qué puede ser?

—Lo ignoro.

—Yo no pienso bajar a la alcantarilla, creo que terminaría enloqueciendo como Florence al verme rodeada de ratas.

—Hay que trabajar con método y antes de hacer unos buenos cimientos, se debe analizar el tipo de tierra en el que hemos de trabajar.

—Mentalidad de arquitecto.

—Primero, sería bueno estudiar el lugar.

—¿Cómo?

—Buscando en los archivos municipales. ¿Qué, te animas?

—Si sólo se trata de ir a un archivo y buscar papeles, de acuerdo.

Terminaron de desayunar y se pasaron el resto de la mañana de un departamento a otro. Al fin consiguieron abrir libros rellenos de polvo y escritos a mano.

—En este registro de la propiedad dice que el área perteneció al municipio y luego fue utilizada como cementerio non sanctus.

—¿Cementerio non sanctus?

—Sí. Me gustaría tener un mapa de ese lugar según estaba siglos atrás. Me da la impresión de que la zona estaba metida en una hondonada que se ha ido rellenando después. Justo al lado hubo una edificación perteneciente a... Vaya, está todo raspado, creo que no se podrá leer nada.

—¿Por qué lo habrán raspado?

—Para borrar identidades, supongo.

Alouette siguió las líneas y leyó en voz alta:

—«Se construyó un edificio de viviendas que se alquiló por pisos. El propietario, un tal Gaston Lenoix, compró por veinte luises el solar al ayuntamiento». ¿No era muy poco?

—Estás hablando de mucho tiempo atrás. Además, parece que el municipio lo vendió para desembarazarse del cementerio que podía ser un engorro y desvalorizar los aledaños.

—¿Y quién podía haber sepultado en ese cementerio?

—Los que morían en maldición, suicidas, excomulgados, gente maldita por una u otra causa. Supongo que nadie querría pasar cerca de ese lugar en un tiempo donde el oscurantismo y las superaciones tenían una gran raigambre popular.

—Y ese Gaston Lenoix, ¿por qué lo compró?

—Pues, para edificar.

—¿Y cómo pudo edificar si la gente tenía miedo?

—Cuando se ha deseado hacer algo, en todas las épocas se ha hecho. ¿Crees que ahora mismo, si se desea edificar en un lugar negativo o que perjudique a los vecinos no se va a construir? La solución para los promotores es fácil, se traen inmigrantes, a poder ser que no hablen el idioma del país, y si su trabajo sale barato, tanto mejor, los extranjeros, yugoslavos, italianos, portugueses, árabes, trabajan y no preguntan; lo primero es el trabajo.

—¿Y edificaron sobre el cementerio?

—Eso parece.

—Entonces, lo arrasarían.

—Es posible que si y es posible que no, depende de los sentimientos y las supersticiones del tal Gaston Lenoix.

—¿Quieres decir que pudo tener miedo a los espíritus allí enterrados si él arrasaba el cementerio?

—Quizá. Se edificaron viviendas económicas que al paso de los años se fueron deteriorando. Mira, aquí hay fechas, fíjate, son de siglos.

—Aquí acaba, dice que hay que buscar en el tomo cuarenta y siete.

—Pues, buscaremos el tomo cuarenta y siete —dijo Larry, dispuesto a seguir adelante.

Un buen rato más tarde tenían que sacar el polvo de otro tomo más nuevo que el anterior. Allí reanudaron la lectura respecto a lo que les interesaba.

—Dice que la finca no cambió de manos. Es raro, ¿no?

—Sí, muy raro. Si pasó más de un siglo y el propietario seguía siendo el mismo, debía ser forzosamente un descendiente. Fíjate, aquí dice que las edificaciones fueron declaradas en ruinas.

—Si —aceptó Alouette—. Después, levantaron almacenes y caballerizas.

—No encuentro la discoteca registrada por ninguna parte —observó Larry.

Ahí concluía la explicación de todo lo ocurrido en aquel lugar. Eran datos fríos, números y fechas, nada más.

—Y ahora, ¿a qué conclusiones llegas?

—Ese sitio ha sufrido muchas transformaciones y es posible que debajo de la discoteca haya algo especial.

—¿Como qué?

—No sé, restos del convento de esa extraña orden cuyo nombre ya no se puede leer o parte del cementerio, habrá que averiguarlo.

—¿Y no crees que habrá sido más fácil entre tanta construcción y tanto derribo haberlo tapado todo con tierra y piedras?

—No creas. Todavía hay muchas ciudades que cuando se intenta construir un parking subterráneo aparecen vestigios del pasado y algunos muy bien conservados. Mucha gente ignora que el apartamento donde vive está levantado donde antes hubo un castillo, un convento c una muralla.

—Si sólo es eso —observó Alouette, vacilante.

—El caso de La Gruta es muy interesante. Seguirle la pista desde el principio hasta el final creo que es apto para mi tesina.

—¿Crees que merece la pena hacer ese estudio?

—Sí, ¿por qué no? Todos hacen tesinas sobre monumentos conocidos y hay monumentos que tienen miles de tesinas. Algunas no son más que copias o recopilaciones de otras verdaderamente hechas a conciencia. Estudiar ese lugar y relatar el proceso hasta la actualidad, con la cantidad de siglos que han pasado de por medio, creo que puede ser interesante, sólo me falta una cosa.

—¿El qué?

—Pues, que el propietario de La Gruta me de permiso para estudiar arquitectónicamente el lugar de arriba abajo.

—¿Y crees que te va a dar ese permiso? Te preguntará para qué lo quieres.

—Le diré la verdad, para terminar mis estudios de arquitectura. Quizá

sea un trabajo oscuro, pero me parece apasionante, es casi como hacer la disección de un cadáver. Ese lugar, actualmente, es un cadáver arquitectónico, pero en el pasado quizá fue otra cosa. Pienso que merece la pena invertir mi tiempo en ese estudio y al mismo tiempo, averiguaré lo que quiso decir el viejo Jean Boubane.

—Él no sabía nada de arquitectura.

—Así es, no sabía nada de arquitectura, pero sí sabía de cloacas y debió notar algo raro desde el alcantarillado. Él lo pudo descubrir por abajo, yo comenzaré por arriba e iré bajando, lo haré a la inversa.

—¿Me dejas ir contigo?

—Si no tienes miedo...

—Pues —vaciló—. A tu lado creo que seré capaz de tragarme el miedo.

—Puede que nos encontremos con algo desagradable.

—¿Piedras antiguas?

—Y posiblemente huesos humanos.

—Bueno, los muertos no hacen nada. ¿No es cierto? —se rió, pero su risa no terminó de ser clara ni sincera.

—Ahora, hemos de averiguar quién es el propietario de La Gruta.

—¿Y dónde lo vamos a averiguar, en el propio local?

—Es mejor que cuando vayamos allá ya tengamos el permiso, preguntaremos en el sindicato de locales de espectáculo.

Una hora más tarde, un empleado sindical, tras seguir una lista mecanografiada con el dedo, les dijo:

—Aquí está: «Discoteca La Gruta», régimen de autoservicio, sólo un empleado eventual. Contrata el servicio de limpieza con compañías, etcétera, etcétera. Parece que es un tipo que no quiere empleados.

—Tiene el servidor del mostrador.

—Sí, pero es de tipo eventual, contratos no superiores a tres meses. En esas condiciones puede contratar a cualquier turista que quiera ganarse unos francos mientras esté en nuestra ciudad.

—¿Y cómo se llama?

—Aquí lo dice, Gaston Lenoix.

Alouette, sorprendida, insistió:

—¿Seguro que es Gaston Lenoix?

—Sí, lo pone bien claro, Gaston Lenoix y reside en la Rué Ravisseur número siete. ¿Es que quieren comprar el local?

—No. no, por el momento no —respondió Larry.

Ya en la calle. Alouette se detuvo y cogió por el brazo al joven inglés.

—No puede ser el mismo, ¿verdad?

El cielo se había vuelto más oscuro y comenzó a caer una lluvia fría y desagradable; no apetecía deambular por la calle.

CAPITULO IX

Larry Sead detuvo su «Yamaha» frente al número siete de la Rué Ravisseur.

Miró a un lado y a otro y Alouette hizo lo mismo desde el asiento posterior de la moto donde aún se hallaba encaramada.

—Es siniestra esta calle —opinó la joven.

—Sí, sí loes.

A un lado estaba el muro de un cementerio; al otro lado, una acera mediana daba paso a unas casas independientes, cada una de ellas circundada por un jardín umbrío, cargado de árboles de hojas oscuras y perennes.

Comenzaba a anochecer, la calle tenía varias farolas, pero sólo una de ellas estaba encendida y no precisamente delante del número siete.

—¿Qué es ese muro? —preguntó Alouette.

—¿No ves los cipreses que hay detrás?

—¿Un cementerio?

—Sí, un cementerio. Por lo visto, ese Gaston Lenoix tiene afición a los cementerios. Puedes bajar.

Instantes después, los dos estaban en pie sobre el enlosado de la acera y Larry aseguraba la estabilidad de la motocicleta colocándole el caballete.

—¿Qué le dirás a ese hombre, Larry?

—Le pediré permiso para estudiar La Gruta arquitectónicamente.

—¿Y si se niega?

—Entonces, ya veremos lo que se puede hacer.

Se encaró con la reja de la puerta, antigua y herrumbrosa, una reja que debía hacer muchísimo tiempo que no era protegida con pintura para evitar la oxidación.

—La casa parece abandonada, ¿verdad?

—Sí, no hay luz en ninguna de las ventanas.

—Puede estar de viaje, ¿no?

—Sí, lo comprobaremos.

Entonces, observó que no había llamador eléctrico y la aldaba había sido arrancada.

—¿Te has fijado, Alouette? No hay llamador.

—Es verdad. ¿No tendrá electricidad?

—Eso parece. Quizá ese Gaston Lenoix tenga aquí su residencia oficial pero viva en otra parte.

—¿Dónde?

—En la propia discoteca, por ejemplo.

—Entonces aquí, ¿quién vivirá?

—No lo sé, voy a entrar.

—¿Cómo?

Trepó sobre el pequeño muro encima del cual estaba incrustada la

verja circundante.

—Larry, esto te puede costar caro.

—No viene nadie.

—Yo también quiero entrar, no me dejes sola aquí afuera.

—Espera

Larry pasó por encima de los hierros punzantes y saltó al interior de aquel espacio al que era un eufemismo llamar jardín.

La hierba crecía sin control, ni en altura ni variedad, y la humedad y sombra hacía que todo estuviera cubierto de vegetación, una vegetación que amenazaba con invadir la propia casa.

Larry forcejeó con la puerta que se resistía.

Desnudó el acero de un cortaplumas que llevaba consigo y lo introdujo en la cerradura. Tras tantear, logró desplazar la pieza de cierre, abriéndola. La puerta chirrió, franqueándole la entrada a Alouette.

—¿Y si viene un gendarme? —preguntó Alouette, temerosa.

—No te preocupes de eso ahora; no obstante, si quieres, te llevo a un bar y allí me esperas.

—No, no, quiero estar contigo, pero esta casa me produce escalofríos y cada vez está más oscuro.

Larry se fijó entonces en el buzón particular de la casa, adosado a la pared y que por la parte interior del muro se podía abrir quitando un simple pasador.

—¿Que miras?

—El buzón, quizá haya algo interesante.

Quitó el pasador y al instante cayeron folletos de propaganda de lo más variado. Entre los folletos apareció una carta dirigida a Gaston Lenoix.

—¿Le escriben?

—Sí, mira.

Recogió la carta y a la poca luz que aún quedaba, leyó el remite.

—Gestoría Epée.. Por lo visto, Gaston Lenoix encarga que le solventen los problemas administrativos y no lo hace él personalmente. La fecha del matasellos está tan borrosa que resulta ilegible.

—Mucha gente que suele viajar con frecuencia encarga a un profesional sus problemas administrativos, legalismos y demás papeleo.

—Es verdad.

—Y si no viene por aquí, ¿qué hacemos nosotros dentro de una propiedad privada? Nos pueden cazar por allanamiento de morada.

—Pues yo voy a entrar en la casa, aunque sólo sea para ver cómo está.

La puerta no cedió y rodearon la casa. Las ventanas tenían rejas, pero hallaron una puerta que daba a la parte posterior que sí cedió. Se introdujeron en una cocina que se veía polvorienta.

—Esto está abandonado —opinó Larry encendiendo una cerilla.

—Está claro que aquí no vive nadie.

Salieron de la cocina y se introdujeron en un salón que presentaba el

mismo aspecto de abandono.

—Hace frío aquí, ¿verdad, Larry?

—Sí, frío y mal olor. ¿No te has dado cuenta?

—Sí, habrá gatos.

—Pues yo no he visto a ningún gato.

—No tiene sentido que continuemos aquí si la casa está abandonada.

—Espera, iré arriba.

—Voy contigo.

Larry tuvo que encender otra cerilla y se lamentó.

—Debí traerme una linterna.

—¿Qué esperas encontrar arriba?

—Los dormitorios. Viendo las camas es posible que sepamos si hace tiempo que el propietario no ha estado aquí.

Subieron por la escalera que crujió bajo el peso de la pareja. En el piso había varias puertas y Larry se enfrentó con una de ellas.

—Espera, Larry. ¿Y si hubiera alguien?

—Después de lo que estás viendo, ¿crees que puede haber alguien?

—No, claro, pero...

—Vamos, vamos, estás un poco asustada, eso es todo.

Larry abrió la puerta y se enfrentó con una estancia completamente vacía, no había ningún mueble.

—¿Lo ves? No hay nadie.

—Sí, es evidente que la casa está abandonada.

—Larry, creo que los dos nos callamos lo que estamos pensando, ¿verdad?

Larry apagó la cerilla que comenzaba a quemar las yemas de sus dedos. Alouette, que apenas le veía, en voz baja, como temiendo alertar a alguien que pudiera hallarse cerca, añadió:

—Si el mismo Gaston Lenoix es quien desde hace más de un siglo es el propietario del lugar donde está instalada La Gruta, tiene que estar muerto.

—Sí, pero hay muchas familias que tratan de conservar los nombres en los descendientes, patronímicos y apellidos; es como si así alcanzaran una especie de inmortalidad. Es posible que estemos en el caso de que un nieto, bisnieto o tataranieto se llame igual que sus ancestros.

—Entonces, ¿por qué la casa está abandonada? —preguntó temiendo mirar en derredor, buscando sólo los ojos de Larry que casi brillaban en la oscuridad.

—Puede ser que no quiera vender sus propiedades, cuyo control administrativo ha encargado a la gestoría, y él viva en otra parte.

—Vámonos ya, Larry, no me gusta estar aquí, me da la sensación de estar dentro de...

—¿De qué?

—No sé, una especie de panteón.

—Pues no veo ataúdes por ninguna parte. En seguida nos vamos,

tampoco tengo ya muchos fósforos, sólo me quedan dos.

Larry parecía dispuesto a mirar hasta en la última de las habitaciones y apartándose de Alouette, abrió otra puerta, encendiendo uno de sus últimos fósforos.

—También está vacía —dijo, pasando a la siguiente en el instante en que se veía obligado a encender el último fósforo de papel que se consumían rápidamente.

En aquella estancia, Larry encontró mobiliario, mobiliario abandonado.

Había un armario, una silla volcada y una cama con somier. Sobre el somier, un bulto humano. Sin decir nada, se le acercó y descubrió algo muy desagradable: Era un cadáver.

Mientras, Alouette seguía esperando afuera, vigilando la luz del fósforo que provocaba sombras oscilantes.

Volvió la cara hacia el saloncito que estaba abajo y, de pronto, descubrió a un ser fantasmagórico que fosforecía. Estaba encarado con ella pese a que las cuencas de sus ojos se veían tan negras como la noche misma.

La joven no podía creer lo que estaba viendo con sus propios ojos. No podía aceptar que un ser cadavérico estuviera delante de ella, abajo en el saloncito, mirándola fijamente a la cara como queriendo decirle algo.

Parpadeó. Se llevó las manos al rostro, medio tapándose las orejas, y comenzó a gritar.

El grito de la muchacha, agudo, prolongado, se metió por todos los rincones de la casa aparentemente abandonada.

Larry salió corriendo del cuarto, arrojando el último de los fósforos. Abrazó a Alouette pidiéndole:

—No temas, no temas, debía ser un mendigo que ha hallado la muerte en la cama.

—¿Qué mendigo? Estaba abajo y despedía luz propia.

—¿Qué dices? Si el cadáver, esquelético desde hace tiempo, quizá años, está en la habitación.

—¿En la habitación? Yo lo he visto abajo.

—Vamos, vamos, tranquilízate.

—¡Estaba abajo, lo he visto, me miraba, me miraba!

Larry miró hacia abajo y no vio nada. Estrechó a Alouette con más fuerza contra sí pidiéndole:

—Tranquila, habrá sido una alucinación. Las casas abandonadas gastan estas bromas.

—¡Lo he visto, Larry, lo he visto!

—Salgamos —le dijo, pensando que era mejor no insistir hablando del cadáver ya esquelético que encontrara sobre el somier de la cama, posiblemente los restos de algún mendigo que hacía mucho tiempo había entrado allí para pasar la noche, hallando la muerte sin que nadie se percatara de ello y así había comenzado su corrupción.

Lo que resultaba extraño era que si, de cuando en cuando, recogían las cartas del buzón y cabía suponer que lo hacia el propietario Gaston Lenoix, cómo no había descubierto el cadáver y dado parte a la policía.

—Sí, salgamos de aquí, salgamos.

Alouette, terriblemente asustada, bajó la escalera sin querer mirar en derredor.

Salieron de la casa por donde habían entrado, rodearon el jardín siempre a oscuras y terminaron en la calle donde aguardaba la motocicleta.

—Ya estamos en la calle. ¿Más tranquila?

—Pensarás que soy una tonta, ¿verdad?

—No, es lógico, una casa abandonada y de noche...

—Lo he visto, Larry, te juro que lo he visto.

—La imaginación, Alouette, la imaginación. Cuando te encuentres en una situación semejante, cierra los ojos y si sigues viendo el fantasma, podrás estar segura de que ese fantasma sólo existe en tu mente.

Larry la besó en la frente. Quitó el caballete posicional de la «Yamaha», la puso en marcha y montó a horcajadas sobre ella.

—Vamos, sube.

Alouette se acomodó en el asiento posterior. Larry soltó el embrague y dio gas, haciendo que la máquina acelerara. Fue cambiando marchas mientras se alejaba de aquel siniestro lugar, aumentando la velocidad.

Llevaba circulando unos minutos cuando vio un semáforo rojo. Oprimió el freno pero la máquina siguió corriendo. De inmediato comprendió que los frenos no respondían.

—¡Agárrate bien, Alouette, agárrate bien!

—¿Qué pasa?

—¡Los frenos!

No podía detenerse frente al semáforo en rojo y, al mismo tiempo, dos automóviles cruzaban perpendicularmente a él.

Tuvo que sortear a los coches que tocaron el claxon escandalosamente mientras le esquivaban a su vez. Uno de los vehículos se salió de la calzada subiéndose a la acera y el otro dio un golpe a la rueda posterior de la «Yamaha».

Larry trataba de controlar la moto y siguiendo la desviación producida por el golpe, subió a la acera. Giró, rodeando un árbol; volvió a bajar del bordillo y trató de volver a subir, frenándola así. Al fin, ya sin gas, la máquina volcó.

—¿Cómo estás? —preguntó Larry recogiendo a la muchacha del asfalto.

—Creo, creo que bien...

Los conductores de los otros coches se apearon y corrieron hacia ellos, interesándose por su estado.

—Pero, ¿está loco? —le increpó uno de ellos.

—No, no estoy loco, los frenos han fallado. —Se volcó sobre la moto

y la observó gracias a la luz de una farola próxima—. ¡Por todos los diablos, cualquiera diría que me han roto la máquina a mordiscos!

—Pues, repase antes los frenos —aconsejó uno de los chóferes antes de marcharse, más tranquilo al ver a Alouette en pie.

Ya solos, los dos jóvenes se miraron.

—¿Crees que ha sido provocado, Larry?

—Sí. Antes los frenos estaban bien, seguro que los han destrozado adrede, lo que ignoro es quién ha podido ser.

—Larry, Larry, lo habrá hecho el ser que yo vi.

—Vamos, varaos, no dejes suelta tu imaginación.

—Larry, recuerda cómo asesinaron al viejo de las cloacas, a mordiscas...

—No, no puede ser, no puede ser... —repitió.

Puso la motocicleta sobre la acera, le colocó el doble seguro y se alejaron caminando.

Alouette se sentía totalmente desconcertada por lo que estaba sucediendo, mas ella ignoraba aún todo lo que le quedaba por vivir frente a aquellos espectros que se negaban a permanecer en la tranquilidad eterna.

CAPITULO X

Alouette mostró cierto temor al penetrar en La Gruta después de lo que ya sabía.

Miró a Larry Sead y éste le dijo:

—Te llevaré a la residencia.

—No, no, prefiero estar contigo.

—Piensa lo que le ha sucedido a Florence y tú misma has visto un espectro. ¿No temes acabar como ella?

—Creo que resistiré.

Penetraron en la discoteca.

Había poca gente. La música era ambiental y se oía murmullo de voces. Allí se reunían hombres y mujeres de distintas edades para vivir unas horas de la noche en compartía, posiblemente huyendo de sus respectivas soledades.

Se dirigieron al mostrador y el extraño monje de la careta se encaró con ellos.

Alouette lo miró fijamente y se dijo que podía tener cierto parecido con el espectro que viera en la casa de Gaston Lenoix.

Súbitamente, sin que el falso monje pudiera prever las intenciones de Larry, este alargó su diestra para arrancarle la careta. Lo consiguió gracias a su acción tan rápida como sorpresiva.

—¡Bruno! —exclamó Alouette, reconociéndole de inmediato.

Larry observó que Bruno parecía desconcertado al otro lado del mostrador.

—¿Qué haces aquí? —le inquirió.

Bruno abrió entonces la boca, mostrando sus dientes y su actitud podía calificarse como una feroz amenaza.

—¡Larry, quiere morderte!

—Quieta, Alouette. Este tipo parece Bruno pero no lo es.

—¡Fuera, fuera! —exigió con una voz muy grave, una voz que no era humana, que semejaba surgir de las profundidades de una sima insondable.

—¡Larry! ¿Qué significa esto?

—No lo sé, pero Bruno puede decírnoslo.

Larry logró sorprender a Bruno y darle un empujón. Se encaramó al mostrador, tomó una botella de «Pernod» y comenzó a rociar con aquel licor cargado de alcohol al sorprendido y falso monje.

—¡Vas a arder si no. te explicas!

Aquel sujeto que tenía el rostro de Bruno pero que no parecía serlo o estaba loco, se lanzó contra Larry para morderle el cuello.

Larry pudo volverse a tiempo y recibió el mordisco justo debajo de la clavícula. Pese a la ropa, incluido el jersey, brotó la sangre.

—¡Vaya fiera!

—¡Larry, está loco!

Larry, que aún tenía la botella de «Pernod» en la mano, le golpeó con ella en el cráneo hasta que le soltó.

Bruno, tambaleándose, salió corriendo por una puerta próxima al mostrador.

Varios de los concurrentes habían presenciado la pelea sin intervenir. Larry se llevó la mano a la herida y se manchó de sangre. Se volvió y dijo:

—Creo que esta noche va a venir la policía porque yo voy a llamarla.

Se produjeron murmullos de protesta y, discretamente, los clientes fueron abandonando el local. Nadie deseaba estar allí cuando llegara la policía.

Alouette, que miraba con recelo en derredor, comprobó que no todos salían de la extraña discoteca. Quedaron cuatro hombres y dos mujeres sentados en sus respectivas sillas y a uno de ellos lo reconoció de inmediato.

—¡Gustav!

—Quieta, Alouette, no te acerques a él, puede ser uno de ellos.

—¿Uno de ellos, quiénes son ellos?

—No lo sé, pero han sufrido una transformación. ¿No es así, Gustav?

—¿Qué queréis saber? —preguntó el supuesto Gustav con la misma voz profunda, una voz llegada del más allá.

—Tú no eres Gustav, ¿verdad?

—¿Qué queréis?

—Florence dice que estrangularon al führer. En otro lugar no me atrevería a decirlo, pero aquí si puedo hacer esa pregunta. Gustav está muerto, ¿no es así?

—Larry, ¿qué, qué le estás preguntando?

—Calla, Alouette, que responda él o cualquiera de los otros.

La puerta de la discoteca se cerró, una de las mujeres acababa de cerrarla y todos mostraron sus dientes produciendo un ruido como de fiera amenazante.

—¡Larry, Larry, tengo miedo! —gimió Alouette.

A Larry le dolía el mordisco pero no estaba atemorizado.

—¿Dónde está Gaston Lenoix?

—Gaston Lenoix es el que tú llamas Bruno —respondió Gustav.

—No me gustan los juegos de espiritistas —gruñó Larry retrocediendo junto a Alouette al ver que aquellos cinco seres avanzaban hacia ellos.

Se parapetaron tras el mostrador y Larry comenzó a coger botellas y a arrojarlas contra ellos. Al caer al suelo, los recipientes de cristal se rompían, esparciéndose los pedazos y desparramando su contenido alcohólico.

—Ya mi podréis escapar —advirtió Gustav.

—¿Qué haréis con nosotros? —preguntó Alouette, viendo que lo que hacía Larry con las botellas no les detenía.

—Iréis abajo y pronto seréis como nosotros. Todavía hay hermanos

que esperan cuerpos vivos que ocupar.

—De modo que os reencarnáis en personas adultas, ¿eh? —les preguntó Larry, maldiciéndose interiormente porque ya no le quedaba un solo fósforo.

Los había consumido todos en la supuesta casa de Gaston Lenoix, aquel ser que existía jurídicamente pero que ya parecía estar muerto.

—¿Y si nos negamos a bajar? —gruñó desafiante.

—Os obligaremos —advirtió Gustav.

Se adelantó, dispuesto a cogerle.

Larry, con su dedo manchado de sangre, en una acción rápida, hizo una cruz en la frente de Gustav. Este sufrió como un ataque superior a la epilepsia y se llevó la mano a la frente mientras lanzaba alaridos.

Se tambaleó, retrocedió, cayó al suelo y allí pataleó. Derribó dos sillas y rodó sobre sí mismo. Al fin, quedó quieto mientras la carne desaparecía de su cuerpo y se convertía en un esqueleto que, por otra parte, se iba descomponiendo.

Los otros tres hombres y las dos mujeres comenzaron a aullar al unísono. Fue un aullido escalofriante que puso un fuerte hormigueo en la sangre de Alouette que creía que no resistiría aquel momento.

Tras lo sucedido, los otros cinco macabros personajes se precipitaron por la puerta, desapareciendo por ella. Larry les dejó escapar.

—¿Qué hacemos ahora, Larry?

—Hay que actuar, busca cerillas.

—¿Cerillas?

—Sí.

Larry cogió sillas que fue arrojando por la puerta. Llenó el corredor de objetos de madera y después comenzó a tirar botellas que rompía contra las paredes.

—Ya, ya tengo un sobre de fósforos, aquí, en el cajón...

—Espera, veremos si la puerta está abierta.

La puerta se hallaba cerrada pero lograron abrirla. Después, Larry pidió a Alouette:

—Apártate.

—¿Qué vas a hacer?

—No sé si será lo mejor o lo peor, pero voy a quemar todo esto. Con el fuego desaparecen las ratas.

Encendió un fósforo y lo aplicó con cuidado al suelo empapado junto a la pata de una silla hasta que prendió en una llama azulada. Después, el fuego se propagó con rapidez.

—¡Corramos!

El fuego avanzó hacia la puerta taponada con sillas y mesas, incluso el mostrador comenzó a arder.

Va en la calle, Alouette preguntó:

—¿Y ahora? Vendrán los» bomberos y la policía.

—Que vengan, pero toda la edificación es muy vieja y se vendrá abajo, antes de que puedan sofocar el fuego.

—Lo que tú quieres es taponarles la salida, ¿verdad?

—Sí. Esos seres que parecen muertos salidos de ultratumba y reencarnados en los cuerpos de sus víctimas tendrán la salida cortada. Si todo se viene abajo, este lugar se declarará en ruinas y si no aparece Gaston Lenoix, ya veremos qué hacen las autoridades con lo que aquí quede. Vamos.

—¿Adónde?

—A la Residencia Martin.

El fuego iba devorándolo todo en la discoteca subterránea mientras por la puerta escapaba una columna de humo negro que nadie veía pero que algunos vecinos, lo bastante alejados para que no sufrieran ningún peligro, podrían comenzar a olfatear.

Tras alejarse unas calles, Larry detuvo un taxi y le pidió que les llevara a la Residencia Martin. Durante el breve trayecto, Alouette no pronunció palabra. Abandonaron el vehículo y Larry dijo:

—Te vas a quedar aquí.

—¿Y tú?

—Yo he de ir a hacer un trabajo.

—Te ayudare.

—No, No.

—Sí, te ayudaré en lo que sea.

Larry buscó en la cocina de la madame y allí encontró una botella de gas propano. La sacó con goma incluida, la zarandeó y comprobó que estaba bastante llena.

—Larry, la madame tiene aquí una linterna.

—Magnifico. ¿Tienes fósforos?

—No pretenderás hacer estallar la bombona, ¿verdad?

—Fósforos, aprisa.

Alouette le entregó los fósforos y, al poco, volvían a la calle. Por suerte, La Gruta no estaba demasiado lejos y llegaron a ella unos doce minutos después, a pasó rápido.

—Larry, están los bomberos —dijo Alouette señalando el Final de la calle.

—Maldita sea... —Buscó las cloacas y al encontrar una, forcejeó con ella hasta levantar la tapa con los dedos—. Espérame aquí.

Comenzó a introducirse por el hueco de la alcantarilla, cogió la bombona y se hundió en la cloaca.

Alouette quedó arriba muy nerviosa, aguardando entre unos coches para no ser vista.

Larry recordaba bien el plano y por la situación en que se hallaba no le costó orientarse. Estaba cerca de la gran cascada subterránea.

Pasó por detrás de ella y se metió en la galería donde tuvo que hundir sus pies en las aguas negras.

Avanzó alumbrándose con la linterna hasta llegar al enrejado. Iluminó a través de los hierros y descubrió a varios seres espectrales y repugnantes que le contemplaban. Era un desafío mutuo.

—¡Aquí os traigo agua bendita, sólo que ahora se llama propano!

Larry depositó la bombona en el suelo. Abrió el regulador y aplicó un fósforo que raspó previamente delante de la goma. Una llamarada brotó hacia los espectros que retrocedieron. Temían al fuego, eso era evidente.

Larry zarandeó las rejas a través de las cuales había metido la llama que iba consumiendo la goma por el exceso de calor en el punió de ignición. Consiguió abrir un hueco y metió la bombona como pudo con la llama hacia el interior de la galería donde se hallaban los muertos vivientes. Después, se alejó corriendo.

No tardó en trepar por la escalerilla y llegó junto a Alouette.

—¡Larry! ¿Estás bien?

—Sí, espera... —Y cerró la cloaca.

Echaron a correr cuando se produjo una fuerte explosión que hizo saltar las tapas de las alcantarillas.

—¡Ya está!

Alouette, mirando hacia atrás, preguntó:

—¿Qué crees que habrá ocurrido?

—La explosión habrá cegado la vieja alcantarilla y les impedirá salir. De esta forma han quedado encerrados en su propia guarida.

Se alejaron cogidos de la mano, pisando el asfalto de la gran ciudad, dándose fuerzas mutuamente, no del todo seguros de haber sepultado a aquellos seres maléficos que absorbían vidas, cuerpos vivos, para reencarnarse en ellos.

Mientras, los bomberos iban lanzando agua a presión contra los restos derrumbados de lo que había sido la discoteca La Gruta.

FIN